

3. ¿Qué son las líneas de Nazca?

Uno de los misterios de América del Sur son las líneas de Nazca, en Perú. Son trazos en el suelo del desierto que forman imágenes a gran escala de animales, líneas rectas y figuras geométricas. Algunas tienen más de 2.000 años de antigüedad y se han conservado porque en la zona prácticamente no llueve. Para hacerlas, hubo que levantar la fina capa superficial de suelo llamada barniz del desierto, una pátina oscura formada por óxidos de manganeso y hierro depositados a lo largo de milenios por microorganismos aerobios. Al levantar esa capa, quedaba al descubierto un suelo más claro. Las figuras más grandes miden varios cientos de metros: hay un mono de 100 metros de ancho y un pájaro de 300 metros de largo.

No se sabe qué pudieron significar esos dibujos para el pueblo que los trazó. Los geométricos podrían representar el fluir del agua o guardar relación con rituales para invocar la lluvia. Entre las posibles explicaciones que se han dado figuran: redes de regadío, gigantescos calendarios astronómicos o pistas de aterrizaje para naves espaciales.²¹

En el mundo del año 1000 EC, las civilizaciones agrarias controlaban menos del 15 por ciento del territorio regido actualmente por los Estados modernos. Pese a la gran atención que la mayoría de los libros de historia dedican a las civilizaciones agrarias, los bárbaros (como los consideraban entonces las elites urbanas) controlaban la mayor parte de las tierras del mundo. Los bárbaros eran cazadores recolectores, pastores, horticultores y practicaban la agricultura a pequeña escala; vivían en la Amazonia, en América del Norte, en África occidental y central, en las estepas de Eurasia central, en el sureste de Asia y en Melanesia, y constituían un mundo de gran heterogeneidad económica y cultural.¹

Nuestra historia empieza en este capítulo con los mongoles, pueblo nómada que vivía en parte de las mesetas o estepas de Asia central, en la actual Mongolia. En el período de 1210 a 1350, este pueblo situado en la periferia de los imperios urbanos consiguió edificar su propio imperio y dominar toda Asia, desde Corea hasta Hungría, con excepción de la India. Sin una base agrícola ni una cultura urbana, los mongoles establecieron el imperio con el territorio de superficie continua más extenso de toda la historia humana, por espacio de doscientos años (Fig. 10.1).

Para entender mejor las dimensiones del Imperio mongol, resultará útil comparar las superficies de diferentes estados e imperios, utilizando como unidad de medida el megámetro, equivalente a 100.000 km². La dinastía Han de China dominaba un territorio de alrededor de seis megámetros, mientras



10.1 El Imperio mongol en 1260

que la Roma de los Césares controlaba cuatro. Los primeros imperios islámicos de los siglos VII y VIII tenían unos diez megámetros bajo su dominio, y los incas y los aztecas, unos dos cada uno. Los kanes mongoles controlaban más de veinticinco megámetros de territorio.²

Ascenso y expansión de los mongoles

Desde la perspectiva europea, los mongoles eran vistos habitualmente como hordas de jinetes salvajes, que irrumpían al galope en zonas de población urbana sedentaria, para entregarse al saqueo y las matanzas con desmedida crueldad. Los europeos les daban varios nombres: tártaros, tataros, tráctaros, mongules, mogules y mongoles, entre otros. Su reputación perduró a través de los siglos; en el siglo XIX, los médicos euro-

peos explicaban el ocasional nacimiento de niños retrasados en familias de la superior raza blanca aduciendo que los rasgos faciales de los pequeños eran la prueba de que una de sus antepasadas había sido violada por un guerrero mongol (de ahí el término «mongolismo»).³

Pero la perspectiva de los historiadores europeos está cambiando rápidamente, a medida que nuevas fuentes revelan otra perspectiva, desde la cual los mongoles, y en particular su primer jefe, Gengis Kan*, aparecen como visionarios que difundieron en su vasto imperio muchas ideas y valores que son precursores del mundo moderno, como la tolerancia religiosa, la inmunidad diplomática, el libre comercio o el papel moneda.⁴

Las fuentes primarias sobre la vida y la historia de los mongoles no abundan. Los nómadas no suelen dejar grandes yacimientos que las generaciones posteriores puedan excavar; no hay fuentes arqueológicas de la historia mongola. Ni siquiera el sepulcro de Gengis Kan ha sido hallado; su pueblo tomó muchas precauciones para que nadie perturbara su eterno descanso en las prístinas inmensidades donde nació, cerca de la frontera actual entre Mongolia y Siberia.

Hay una sola fuente primaria, una obra llamada *Historia secreta de los mongoles*, escrita por un narrador anónimo, probablemente en 1228 o 1240, poco después de la muerte de Gengis Kan o doce años más tarde. El autor la escribió en una variedad uigur de la escritura turca, la adoptada por Gengis Kan para el Imperio mongol, ya que anteriormente los mongoles eran un pueblo oral, sin escritura. En el siglo XIV, la *Historia secreta* se tradujo al chino, utilizando el valor fonético de los caracteres para

* Hay al menos una docena de sistemas para transliterar los nombres mongoles; no existe un consenso, pero hay una tendencia a utilizar las formas mongolas contemporáneas. Aun así, yo he preferido usar las grafías más familiares para el lector occidental: por ejemplo, Gengis en lugar de Chinggis y Kublai en lugar de Qubilai. [N. del T.: Del mismo modo se ha preferido mantener la forma Kan, tradicional en español, a pesar de que la transliteración aconsejaría Jan.]

representar los fonemas mongoles, y esa versión es la única que ha sobrevivido. En la década de 1980 se publicaron versiones de la obra en inglés, pero sólo a comienzos de la década de 1990 aparecieron traducciones anotadas del texto realizadas por estudiosos mongoles, que volvieron más comprensible la obra, al relacionar el texto con los lugares descritos.⁵

La vida en las estepas de Asia estaba organizada en torno a la cría de una variedad de animales, sobre todo cabras y ovejas para la alimentación, y caballos, bueyes y camellos para el transporte. (Los caballos habían sido domesticados en las estepas del mar Negro posiblemente ya en el siglo V AEC y, como muy tarde, en el siglo III AEC.) Lo importante era disponer de una buena combinación de animales, que se utilizaban para el consumo a medida que perdían valor reproductor. Las dimensiones de la población humana estaban estrictamente determinadas por las dimensiones del rebaño. Se necesitaba un mínimo de cincuenta a sesenta animales por familia, a razón de quince a veinte por persona. La dura realidad siempre se imponía: si se perdían animales, se perdían vidas humanas.

La subsistencia de los mongoles se basaba en la cría de «los cinco hocicos», como ellos los llamaban: bueyes/yaks, caballos, cabras, ovejas y camellos. De ellos obtenían comida (carne y leche), prendas de vestir (lana, pieles, cuero) y refugio (viviendas hechas de fieltro de lana sobre un armazón circular, llamadas yurtas en Rusia y *ger* en Mongolia). Pero necesitaban hierro para los arcos, los estribos, los carros y las armas, y estaban dispuestos a comerciar para conseguir madera, algodón, seda, hortalizas y cereales.

Los nómadas de las estepas se relacionaban desde hacía más de un milenio con las sociedades sedentarias. No podían mantener su forma de vida sin adquirir de los pueblos sedentarios algunos artículos esenciales, como el hierro para fabricar los estribos y los arcos de sus caballos. Los nómadas tenían dos opciones:

comerciar o saquear, y practicaban las dos, según las circunstancias. El ascenso del Imperio mongol fue la culminación de esa confrontación que ya tenía un milenio de antigüedad.

La historia personal de Gengis Kan es una de las más extraordinarias de los anales de la humanidad. Tras una infancia transcurrida en la indigencia, ese hombre iletrado unificó a todas las tribus mongolas, logró más del doble de las conquistas que cualquier otro general de la historia (ya sea en extensión, en número de países, o en población), impuso la paz, adoptó un alfabeto, instituyó la libertad religiosa y murió con casi setenta años, rodeado de una familia amante y de soldados leales.

Llamado de niño Temuyin, Gengis Kan era hijo de un jefe de menor importancia que fue asesinado cuando él tenía unos nueve años, dejando dos mujeres (Hoelun, la madre de Temuyin, era la segunda) y siete hijos. La tribu los abandonó, porque no había en la familia un hombre capaz de cazar y alimentarlos. Sin embargo, instalados en las lindes del bosque, las mujeres y los niños consiguieron salir adelante, con una existencia prácticamente salvaje: cazando animales pequeños, pescando y recogiendo bayas para comer.

Cuando Temuyin comprendió que el hijo de la primera mujer de su padre, un poco mayor que él, tenía intención de casarse con su madre y ponerse al frente del pequeño grupo en cuanto tuviera edad suficiente, decidió matarlo, de acuerdo con su hermano menor. Le dispararon sendas flechas, uno por delante y el otro por detrás. De ese modo se convirtieron en proscritos y crecieron en un mundo despiadado de secuestros, asesinatos y violencia tribal, sin ningún tipo de instrucción.

Cuando Bortéi, la mujer de Temuyin, fue secuestrada, éste luchó para recuperarla, abandonó el bosque y se trasladó con ella a las mesetas, donde empezó a organizar su ejército para derrotar a los otros grupos mongoles y poner fin a los incansables combates. Reunió a jóvenes guerreros bajo su estandar-

te, negoció alianzas y en veinte años acabó sistemáticamente con todos sus oponentes. Para unir a los mongoles, Temuyin neutralizó el poder de su propia familia, asesinó a las dinastías aristocráticas y a todos los kanes rivales (jefes guerreros), abolió la vieja organización tribal, reorganizó todo el sistema y autorizó la muerte del chamán más poderoso del reino.

En 1206, cuando tenía unos cuarenta y cuatro años, fue aclamado kan supremo de las tribus turcomongolas y adoptó el nombre de Gengis Kan. En lugar de elegir un nombre tribal para sus seguidores, los llamó el Pueblo de las Paredes de Fieltro. Como gran kan de los mongoles, Gengis reinó sobre un territorio del tamaño de la actual Europa occidental, con una población de alrededor de un millón de habitantes y entre quince y veinte millones de cabezas de ganado.

Los mongoles creían en los espíritus antiguos de la Tierra, entre los que destacaba Tengri, el cielo azul, o el «cielo eterno». En la ideología de Gengis, la conquista del mundo era un don del cielo eterno. Bajo el cielo vivían infinidad de espíritus, con los cuales el pueblo mongol se comunicaba a través de sus chamanes. Durante la expansión del Imperio mongol, los gobernantes trataron las otras religiones con respeto, disfrutaron comparando las ideas religiosas que encontraban y practicaron la tolerancia religiosa dentro de sus propias familias.

Gengis Kan organizó su ejército, como era habitual en su cultura, basándose en el sistema decimal, desde el mando supremo hasta los campamentos de diez hombres, que convivían como hermanos. Todo hombre menor de sesenta años podía ser reclutado. El rango se concedía únicamente por la eficacia en el combate y nunca por nacimiento o posición social. Todos los soldados tenían varios caballos de refresco; parece ser que cinco era un número corriente. Podían cabalgar diez días sin encender nunca una hoguera; comían pasta seca de leche mezclada con agua, o carne cruda que llevaban

bajo la montura para ablandarla. De ese modo podían recorrer miles de kilómetros a gran velocidad. Al principio, a los soldados se les pagaba su parte con el botín obtenido, pero más adelante fueron remunerados con salarios y pagos en especie. Las familias de los soldados caídos también recibían su parte del botín, lo que fomentaba la lealtad. A su muerte, Gengis Kan tenía un ejército de 129.000 hombres. Ningún general lo traicionó en seis décadas de lucha, probablemente un récord sin parangón.

Tras unificar las tribus mongolas, Gengis Kan volvió su atención al noreste de China, donde cien años antes un pueblo de Manchuria, los yurchen, había conquistado Kaileng, la ciudad más grande del país. En cuatro años, Gengis conquistaría el reino yurchen. Después tardó quince años más en someter a los tangut de China oriental (estrechamente emparentados con los tibetanos), a los uigures y los kitán de Asia central, para controlar la Ruta de la Seda, y a los pueblos del Jwarizm (al sur de los mares Caspio y de Aral), hasta el centro del actual Pakistán, donde el calor comenzó a hacerse insostenible. Gengis Kan fomentaba la circulación de historias orales y escritas sobre los horrores perpetrados por guerreros mongoles, para que las ciudades se rindieran sin lucha. A diferencia de otros conquistadores, Gengis Kan ordenaba la matanza de todos los nobles enemigos, para prevenir futuras hostilidades. Destruía las ciudades que se rebelaban después de ser conquistadas y las arrasaba hasta los cimientos de cada uno de sus edificios, sin perdonar la vida a nadie.⁶

A su muerte en 1227, los mongoles se reunieron y eligieron a su tercer hijo, Ogodei, como sucesor. La familia decidió proseguir las conquistas en tres direcciones: al oeste, hacia Europa; al sureste, hacia China; al suroeste, hacia Oriente Medio. El fin era multiplicar las caravanas con tributos que constantemente llegaban a Karakórum, la recién construida capital. Al

frente del ataque a Europa, el nieto de Gengis Kan, Batu, conquistó Kiev y Moscú, y ya estaba a las puertas de Viena, cuando en diciembre de 1241 murió Ogodei, el único de los cuatro hijos de Gengis que aún vivía. Batu regresó entonces al enclave familiar, para participar en la elección del sucesor de Ogodei entre los nietos, proceso que consumió diez años y salvó Europa de nuevas devastaciones.

Mientras los jefes mongoles estaban en el campo de batalla, no era raro que sus mujeres gobernaran el Imperio. (Entre los pueblos nómadas, las mujeres participaban con frecuencia en la guerra y las labores de gobierno.) Cuando se vio que Ogodei bebía más de la cuenta, el poder administrativo pasó a su mujer, Toregene, que además fue regente durante diez años tras la muerte de su marido. La lucha por la sucesión se hizo entonces cada vez más feroz y enconada. Uno de los nietos logró conquistar a los musulmanes y matar a su líder espiritual, el califa de Bagdad, pero la expansión del Imperio llegó a su límite en 1260. Ese año un ejército de esclavos dirigido por el sultán de Egipto derrotó a los mongoles cerca del mar de Galilea, en lo que hoy es Israel.

A partir de 1265, el Imperio mongol perdió la cohesión. Ese año, Kublai, nieto de Gengis, fue elegido gran kan. Algunos miembros de la familia se negaron a reconocerlo y el Imperio se dividió en cuatro partes, cada una gobernada por un jefe diferente, pero en contacto con los demás. Hasta ese momento, la India no había sido conquistada por los mongoles, pero lo sería a finales del siglo XIV y permanecía bajo su control en los siglos XV y XVI.

En la época del Imperio mongol, florecieron el comercio y el intercambio de ideas, gracias a los contactos entre China, el mundo musulmán y Europa, a través de las diversas vías conocidas colectivamente como la Ruta de la Seda. Los mongoles establecieron un sistema de comunicaciones con casas de pos-

tas cada cuarenta o cincuenta kilómetros, bien abastecidas de caballos y forraje, que podían ser utilizadas por viajeros autorizados, es decir, provistos de una medalla de oro o de plata con una inscripción en mongol, precursora del moderno pasaporte. Algunas ciudades prosperaron y otras languidecieron bajo el peso de los impuestos. Surgió un sistema casi mundial, que abarcaba toda Afroeurasia: una única red comercial que conectaba China, el sudeste asiático, el subcontinente indio, el mundo islámico, Asia central, partes del África subsahariana, el Mediterráneo y Europa.

Caravanas cargadas de tributos llegaban sin cesar a Karakórum, la capital mongola, y a las regiones vecinas. Era tanta la seda que transportaban los camellos y los carros tirados por bueyes que la usaban para envolver otros artículos. La seda circulaba en forma de trajes bordados, alfombras, cojines, mantas y piezas de tela con más colores de los que la lengua mongola podía nombrar. Entre los valiosos artículos que viajaban por las estepas figuraban también muebles lacados, piezas de porcelana, cuchillos de bronce, teteras de hierro, sillas de montar labradas, perfumes, cosméticos, joyas, vino, miel, té negro, incienso, medicinas y afrodisíacos.

Cuando sometió a los yurchen del norte de China, Gengis Kan empezó a recibir tantos tributos que tuvo que aprobar la construcción de edificios para almacenarlos, cerca del río Avarga, en los alrededores de Karakórum. (Habitualmente, los mongoles sólo levantaban tiendas de fieltro.) Cuando en 1229 Ogodei fue nombrado gran kan, abrió las puertas de los almacenes del tesoro para celebrarlo y todos tuvieron trajes nuevos de seda; había tantos que los miembros de la corte se pusieron de acuerdo para vestir trajes del mismo color, uno diferente cada día.

La facilidad para el comercio fue descrita por Wang Li (1314-1389), natural de Jiangxi, región del oeste de China:

En la época de [Kublai Kan], la tierra entre los Cuatro Mares se había convertido en territorio de una sola familia, la civilización se había extendido a todas partes y ya no existían barreras. Para los que iban en busca de fama y fortuna al norte o al sur, un desplazamiento de un millar de li* era como una visita al vecino, y un viaje de diez mil li, como una excursión por los alrededores [...]. La hermandad entre los pueblos había alcanzado sin duda una nueva dimensión.⁷

Pero el fin de esa libertad de circulación y comercio acechaba dentro de sí misma, sin que nadie pudiera sospecharlo. La primera señal de alarma se produjo en 1331, cuando de manera bastante abrupta el noventa por ciento de la población de la provincia de Hopei, al norte de China, en la zona donde Kublai Kan había edificado su capital, murió de una enfermedad misteriosa. En el plazo de un año, la enfermedad había alcanzado a la familia real mongol en su campamento veraniego al noroeste de la actual Pekín, cerca del desierto de Gobi. Se calcula que en veinte años China perdió entre un tercio y la mitad de su población, que de 124 millones en 1200 descendió a 70 millones en 1400.

La enfermedad se propagó fuera de China a una velocidad alarmante. Llegó a los montes Tien Shan, en Kirguizistán, en 1338, y al mar Negro en 1347, por la Ruta de la Seda. En 1348 había llegado a Génova por mar y había hecho estragos en numerosas ciudades de Egipto, Europa y Turquía. En 1350 había atravesado el Atlántico norte y había llegado a Islandia y Groenlandia. Entre 1300 y 1400, Europa perdió por lo menos el 25 por ciento de su población (Fig. 10.2).

¿Qué enfermedad tan terrible era ésa? La llamaban la peste negra, porque sus víctimas sufrían derrames de sangre bajo la piel y, cuando la sangre se secaba, se volvía negra. Bultos del

* Un li equivalía a 500 largos de arco; un millón de li eran probablemente unos 500 kilómetros.



10.2 La propagación de la peste bubónica

(Fuente: Charles Office y Jake Page: *Tales of the Earth: Paroxysms and Perturbations of the Blue Planet*, Oxford University Press, Nueva York, 1993, p. 128.)

tamaño de pelotas de golf se formaban en los ganglios linfáticos, que al final se agrietaban y estallaban. De la palabra griega *bubos*, «tumor en la ingle», deriva el nombre médico de la enfermedad: peste bubónica. Al cabo de varios días de dolor agónico, la víctima normalmente moría. A veces la enfermedad atacaba los pulmones, en lugar del sistema linfático, y el enfermo moría ahogado en espumarajos sanguinolentos, después de contagiarse con sus toses y estornudos a quienes lo rodeaban.

Nadie conocía la causa de la calamidad, pero no había duda de que el mal se propagaba a través de las rutas comerciales.

Los mongoles y la dinastía Ming en China

Como hemos visto, Gengis Kan sometió parte del norte de China en sus primeras conquistas, después de unificar a los mongoles en 1206. Sus sucesores conquistaron más territorios, hasta que en 1260 Kublai, nieto de Gengis, logró unificar China, tras derrocar a la dinastía Song, que reinó en el sur del país hasta 1368.

Naturalmente, la mayoría de los chinos odiaba a los mongoles por su comportamiento bárbaro. (Bebían sangre, comían carne cruda, vivían en tiendas y vestían pieles de animales.) Pero Kublai consiguió adaptarse a las costumbres chinas lo suficiente para gobernar con eficacia. Construyó una nueva capital—llamada Kanbalik («la ciudad del kan») en mongol y Dadu en chino—en el lugar que más tarde sería Pekín. Le encargó a su arquitecto musulmán el diseño del área que iba a convertirse en la Ciudad Prohibida, donde podía vivir detrás de las murallas como un mongol en una estepa en miniatura, durmiendo en yurtas y cazando al galope. Kublai Kan creó escuelas públicas para instruir a toda la población, quinientos años antes de que los gobiernos occidentales asumieran esa responsabilidad. Estableció una imprenta estatal que utilizaba tipos móviles, grabados a mano, a gran escala, en bloques de madera. Fomentó la puesta en escena de dramas ceremoniales que duraban semanas enteras. Abolió los exámenes confucianos y concedió a los mercaderes un rango sólo inferior al de los funcionarios del gobierno, mientras que a los estudiosos confucianos los situó por debajo de las prostitutas, pero por encima de los mendigos. Le encargó al lama tibetano Phagspa que ideara un alfabeto en el que pudieran escribirse todas las lenguas. (El lama cumplió el encargo, con un alfabeto de cuarenta y una letras.) Durante el reinado de Kublai Kan, en los siglos XIII y XIV, China exportó gran cantidad de tecnología, superior a la de otros países, a través del comercio y los viajes:

En Europa, los cristianos culpaban a los judíos, que solían dedicarse al comercio y procedían de Oriente, lo mismo que la enfermedad. En 1348, el papa Clemente VI dictó una bula ordenando a los cristianos que dejaran de quemar judíos. Estos procuraban huir a Polonia, donde eran bien recibidos.

La propagación de la peste bubónica supuso el fin del Imperio mongol. El comercio, su auténtica fuente de vida, se redujo a un metro gótico. Sin el movimiento constante de viajeros, mercancías e información, el complejo entramado imperial se derrumbó. Cada rama de la familia reinante tuvo que defenderse sola, sin contacto con las demás. En Rusia, los mongoles (llamados allí la «horda dorada», por una palabra mongola que designaba a la corte del kan) se escindieron en hordas menores, que fueron perdiendo poder a lo largo de los cuatro siglos siguientes. En Persia, donde el dominio mongol recibió el nombre de Ilkanato, el Estado mongol se desplomó en 1355, mientras que en China fue derrotado y en 1368 se estableció la dinastía Ming. Sólo en Mongolia y Asia central, en la región llamada Mogulistán, persistió su dominio. Al final del siglo XIV, Timur el Cojo, conocido como Tamertan, conquistó todos los bastiones mongoles desde la India hasta el Mediterráneo; sus descendientes fueron los grandes mogoles de la India. El último monarca reinante descendiente de Gengis Kan, Alim Kan, emir de Bujara, gobernó Uzbekistán hasta su deposición en 1920, durante la Revolución soviética.

Hasta 1894 no se descubrió la verdadera causa de la peste bubónica y sus vías de transmisión. La bacteria que produce la enfermedad, probablemente originaria del desierto de Gobi, vive en unas pulgas que a su vez parasitan a una especie de ratas. Es probable que la enfermedad viajara con las ratas prescites en los cargamentos de alimentos. Todavía quedan en el mundo poblaciones de roedores con pulgas portadoras del bacilo de la peste, pero los antibióticos impiden los brotes a gran escala de la enfermedad.⁸

fabricación de pinturas, imprenta, navegación con brújula, armas de fuego, altos hornos y probablemente técnicas de construcción naval.

Sin embargo, bajo el dominio mongol, los agricultores chinos sufrieron una carga impositiva imposible de sobrellevar. En la década de 1360, una serie de revueltas campesinas localizadas, combinadas con disputas internas entre los mongoles, permitieron a los chinos recuperar el control de su país e instaurar la dinastía Ming, conservando al mismo tiempo el principal legado del invasor: la unificación de China en un país casi cinco veces más grande que el territorio poblado por hablantes de la lengua china.

El primer gobernante de la nueva dinastía Ming, Zhu Yuanzhang, trasladó la capital a Nankín, lejos del territorio mongol, y manifestó su desprecio por cuanto fuera mongol o extranjero. Expulsó a los mercaderes musulmanes, cristianos y judíos, prohibió los nombres y los trajes mongoles, rechazó el budismo y abolió el papel moneda. El gobierno de los Ming reactivó el sistema de exámenes confucianos y dio empleo a los hombres mejor formados, privando al sector comercial de algunos de sus representantes más ambiciosos. Sólo conservó el idioma mongol como lengua diplomática.

El siguiente emperador Ming, Zhu Di (que reinó entre 1402-1424), volvió a trasladar la capital a Pekín y reconstruyó la Ciudad Prohibida al estilo chino. La población comenzó a crecer, con el aumento de la producción agrícola a mediados del siglo XV. Se profundizó el Gran Canal para transportar arroz a Pekín, mientras un nutrido ejército protegía las fronteras septentrionales contra los jinetes mongoles.

Entre 1405 y 1433, la corte imperial china financió siete grandes expediciones navales al océano Índico, seis de ellas dirigidas por el navegante eunuco Zheng He. Las expediciones visitaron a los mercaderes chinos en el extranjero y afian-

zaron el prestigio del emperador, pero su coste fue enorme. En la mayor de sus seis expediciones, Zheng He estuvo al mando de más de sesenta naves y de 25.000 a 40.000 hombres (compárese con la mayor expedición de Colón, de diecisiete barcos y 1.500 hombres). Sus naves más grandes, con nueve palos y 500 tripulantes, medían al menos cinco veces más de eslora que los barcos más grandes que capitanearía Colón. Las expediciones chinas, que duraban dos años por término medio, visitaron en total treinta países, lo que demuestra claramente su superior capacidad para la navegación.⁹

Aun así, los chinos no aprovecharon su superioridad naval para seguir explorando más allá del cabo meridional de África o a través del Pacífico, hacia tierras desconocidas. El gobierno de los Ming decidió concentrar sus recursos en el desarrollo interno y en la protección de la frontera esteparia. Renunció a la expansión meridional hacia Annam (el actual Vietnam), dejó que su flota se deteriorara y prohibió el comercio privado con las tierras de ultramar. Las elites gobernantes de la sociedad Ming prefirieron la estabilidad a la agresión y lograron recuperarse con éxito de las pérdidas que China había sufrido bajo los mongoles. Algunos estudiosos sostienen que el desmoronamiento del sistema comercial protegido por los mongoles causó tal disrupción económica que China no tuvo más opción que abandonar las empresas marítimas y reconstruir su base agraria y su producción interna.¹⁰ Entre 1400 y 1700, su población creció más del doble, lo mismo que la de la India.

Los mongoles y sus sucesores en el mundo islámico

Algunos historiadores afirman que fue el islam y no China la civilización más creativa y dinámica del mundo, entre los años 1000 y 1500 EC, por su capacidad de llevar las innovaciones de una sociedad a otra; sostienen asimismo que un observador imparcial, en el siglo XVI, probablemente habría pronos-

ticado que el islam no tardaría en convertirse en la religión dominante del mundo.¹¹

Esas valoraciones derivan de tres hechos fundamentales. En primer lugar, el mundo islámico prácticamente duplicó su territorio entre 1000 y 1500; se extendió hasta la India (Timur y otros sucesores de los mongoles se habían convertido al islam), la península Balcánica, el norte de África, la península Ibérica y el sureste de Asia. En segundo lugar, la cultura de la elite urbana del corazón del territorio musulmán (Irak, Irán y Azerbaiyán), basada en las culturas cortesanas mongola y turquica persianizada, conoció un período de brillante florecimiento. Por último, el mundo islámico fue el eje de una red comercial eurasiática que unía China y la India con África, el Mediterráneo y Europa (Fig. 10.3).

Muestras del auge de la cultura islámica son algunos hermosísimos edificios públicos, el Taj Mahal, exquisitos manuscritos iluminados, y poetas como Omar Jayam (m. 1131), Rumi (m. 1273) y Hafez (m. 1389). También un observatorio en Maragha, cerca de la capital Tabriz (en el noroeste del actual Irán) y un matemático, Nasir al-Din Tusi, quien propuso, a partir de su trabajo desde el observatorio, la idea de la rotación de pequeños círculos dentro de otros mayores, que luego inspiraría a Copérnico su teoría de que los planetas giraban alrededor del Sol. Nasir al-Din Tusi sentó además las bases del álgebra compleja y la trigonometría. (Los musulmanes conocían el sistema numérico indio, que utilizaba el cero, desde el siglo VII AEC. Lo aplicaban en todos sus dominios, incluida España, donde un monje francés que más tarde llegaría a ser el papa Silvestre II lo aprendió entre 967 y 970. Desde el papado, Silvestre contribuyó a su difusión por toda Europa.)

Es probable que el intercambio de productos agrícolas, que se dio en el mundo musulmán no fuera igualado hasta los

tiempos del encuentro de los hemisferios occidental y oriental. Los árabes trajeron de la India el trigo duro, el arroz, la caña de azúcar, los plátanos, las naranjas amargas, los limones, las limas, los mangos, las sandías, los cocos, las espinacas, la alcachofa, la berenjena y el algodón. Todos esos productos llegaron a España, excepto los mangos y los cocos.¹²

Sin embargo, con el tiempo la agricultura retrocedería. A partir de 1037, los selyúcidas, que eran pastores túrquicos de las estepas, prosperaron lo suficiente para penetrar en territorios musulmanes de Irán y el este de Turquía. En treinta y cinco años, cruzaron la frontera de Bizancio y ocuparon la mayor parte de Anatolia (la actual Turquía). El progresivo abandono de la agricultura quizá se derivara de los veranos más calurosos y secos que experimentó Europa entre 950 y 1250. El cambio incrementó la producción agrícola europea, pero es posible que el calor y la sequedad fueran excesivos en el mundo islámico.¹³

Los mongoles arrasaron Bagdad, la capital islámica, en 1258, y durante un tiempo parecieron constituir una amenaza para la civilización musulmana. Pero los mongoles no tenían una cultura sofisticada que aportar y los kanes acabaron por asimilar los usos de la corte persa; en 1295 se convirtieron a la fe islámica. Conservaron el poder hasta 1353 y su gobierno impulsó el crecimiento y la expansión del islam.

El kan que se convirtió a la religión musulmana, Ghazan (r. 1271-1304), lo hizo convencido por los argumentos del primer autor de una historia universal, Rashid al-Din, judío persa que se había convertido a la rama chiita. Como primer ministro de Ghazan, al-Din hizo largos viajes y se relacionó con funcionarios mongoles de Asia central y de China, ante los cuales defendió reformas monetarias que se aplicaron simultáneamente en Irán, Rusia y China. Como ya se ha dicho, al-Din escribió la primera historia universal y la primera historia



10.3 Principales territorios islámicos, c. 1000

general de Europa que se conoce, basada en informes de monjes europeos. Incorporó a su obra imágenes que eran adaptaciones de pinturas europeas y chinas, dando a conocer así entre los musulmanes los principios de la composición y el retrato en la acuarela china.

Tras la caída de los mongoles en 1353, surgieron regímenes islámicos persas en torno a los jefes militares victoriosos. Entre éstos destacaría Tamerlán, que reinó entre 1369 y 1405. Por la misma época se afianzó otro imperio islámico, el otomano, a partir de un pueblo de pastores asentado en la frontera con la cristiandad, que conquistó el noroeste de Anatolia y la mayor

parte de la península Balcánica. Cuando las rutas terrestres dejaron de ser seguras, los mercaderes musulmanes potenciaron el comercio marítimo en el océano Índico y penetraron en la península de habla malaya del sureste asiático.

Las auténticas dimensiones del mundo islámico cobran vida en las crónicas de viaje de un hombre de leyes marroquí, Mohamed ibn Abdullah ibn Battuta (1304-1368), nacido en Tánger, en el seno de una familia de juristas. Tras estudiar Derecho, partió en 1325, a la edad de veintiún años, con el propósito de ejercer su profesión en el extranjero, visitar La Meca y conocer todas las ciudades importantes. Llegó hasta el sur de China y volvió a su país al cabo de veinticuatro años; después, hizo un viaje de dos años a Mali y, al regresar a Marruecos, escribió una detallada relación de su periplo, la *Rihla*, de memoria y sin notas. Recorrió en total unos 120.000 kilómetros y visitó el territorio de cuarenta y cuatro países modernos. Pudo ejercer como abogado en diferentes lugares, porque todos los países islámicos compartían la misma ley sagrada, la *sharia*, y en todas partes pudo conversar en árabe con mercaderes, príncipes y sabios sobre asuntos de jurisprudencia, misticismo y actualidad en el *Dar Islam* («la Morada del Islam»), lo que le sirvió para confirmar la existencia de la *umma*, o comunidad de creyentes.¹⁴

A lo largo de la costa oriental de África, el comercio con el mundo islámico entró en expansión a partir de 1250, lo que dio pie al afianzamiento de unas treinta o cuarenta ciudades-estado, entre ellas Mogadiscio y Kilwa, cuyos habitantes compartían una lengua común, el suajili. Las exportaciones de oro del este de África aumentaron en los siglos XIV y XV; hacia finales del siglo XV, Kilwa exportaba una tonelada anual. Gran parte del oro procedía de la ciudad llamada Gran Zimbabwe, o pasaba por ella, en su momento de esplendor en torno a 1400.

La actividad de los mercaderes musulmanes a lo largo del río Níger, y hasta la costa atlántica de África, creció de tal manera que los jefes locales comenzaron a adoptar la fe islámica, como puente cultural con el resto del mundo. Los reyes africanos se hicieron ricos exportando esclavos, oro y sal. El reino de Mali, desarrollado a orillas del río Níger, alcanzó su apogeo en torno a 1330; en esa época, sus gobernantes controlaban alrededor de dos tercios de la producción mundial de oro. El papel y su fabricación llegaron a esa parte del continente africano, y Tombuctú se convirtió en centro de erudición. Los jefes locales rivales tenían en el comercio de esclavos una fuente de ingresos para el Estado y una forma de limitar el crecimiento de la población y la producción agrícola. Cuando el comercio decayó a finales del siglo xv, los mercaderes se marcharon y algunos africanos volvieron a su animismo tradicional.

La creciente prosperidad de las elites musulmanas se vio acompañada por un aumento de la esclavitud. Las campañas militares en la India redujeron a la esclavitud a miles de indios. En el África subsahariana, las elites locales sometían a otros africanos para venderlos como esclavos y, a medida que aumentaba la influencia de las costumbres musulmanas, también para su propio uso. Según cálculos modernos, los traficantes del mar Rojo y el África subsahariana vendieron, entre 1200 y 1500, alrededor de 2,5 millones de esclavos africanos a compradores musulmanes del norte de África y el resto del mundo islámico, aunque no hay cifras totalmente fidedignas. Los esclavos africanos llegaron a China por lo menos en el siglo vii; en el siglo xii, algunos cantoneses adinerados tenían esclavos negros. Se sabe de musulmanes ricos que aspiraban a tener una concubina de cada rincón del mundo conocido. Parece ser que un noble indio llegó a tener dos mil esclavas en su harén, entre ellas mujeres turcas y chinas.¹⁵

La ubicación central del islam en las rutas comerciales eurasíaticas que conectaban China con Europa hizo posible una amplísima difusión de sus ideas y prácticas. A diferencia de los chinos, que rechazaron las ideas de los mongoles tras su regreso al poder, los gobernantes musulmanes absorbieron y adaptaron el legado mongol.

Europa de los años 1000 a 1500

En el año 1000, Europa era una región apartada y rural, escasamente poblada: nueve de cada diez habitantes vivían en el campo. Para sus vecinos musulmanes y bizantinos, los europeos eran los «francos», aunque ellos se hacían llamar «latinos», por su lealtad al catolicismo de Roma y a la lengua latina empleada en sus rituales. Por otro lado, un emperador romano de lengua griega, apoyado por los jerarcas del cristianismo ortodoxo, gobernaba el Imperio bizantino, que se extendía hacia el sur, desde las fronteras de Serbia y Bulgaria, hasta Grecia, el oeste de Turquía y el sur de Italia.

Según una pauta probablemente dominante en Europa occidental, cada casa de nobles guerreros vivía del trabajo de quince a treinta familias campesinas, que cedían a sus señores más de la mitad de sus esfuerzos, en forma de productos agrícolas y servicios, a cambio del uso de la tierra y de protección. Los campesinos trabajaban en equipos de labradores, con arados de vertedera, que levantaban y volteaban la tierra removida por la reja. Los inviernos benignos y las lluvias repartidas a lo largo del año permitieron el incremento de la producción agrícola. Se conseguían hasta tres cosechas al año y los campos se trabajaban continuamente, menos doce días en Navidad.

Una familia campesina podía cultivar entre doce y dieciséis hectáreas, que podían producir, por ejemplo, una media de 4.600 kilogramos de cereales al año. De ese total, había que reservar 1.500 kilogramos para simiente, 1.300 kilogramos

para alimentar a cuatro animales de tiro y 1.200 kilogramos para el señor, lo que dejaba tan sólo 600 kilogramos a la familia de campesinos (aproximadamente 1.600 calorías por persona y día). Así pues, la familia también tenía que producir frutas y verduras, y criar pollos, conejos y otros animales.¹⁶

Cuando las mejoras en el diseño del arado favorecieron el aumento de la producción, los campesinos pudieron disponer de un pequeño excedente para cambiarlo por otros bienes. A raíz de ello, la población aumentó de forma ininterrumpida durante tres siglos y entre 1100 y 1445 llegó a doblar su número, e incluso más. En ese período, los otrora densos bosques de Europa se convirtieron en campos cultivados, excepto en las áreas reservadas como cotos de caza por terratenientes poderosos.

La política europea en los siglos XI y XII se vio dominada por las Cruzadas, una serie de campañas militares contra los musulmanes en el Mediterráneo oriental. Los papas querían reformar la Iglesia y proteger su poder, y los aristócratas necesitaban la sanción eclesiástica para ejercer su violencia armada; además, las fuerzas islámicas avanzaban sobre Constantinopla, y los mercaderes querían fomentar el comercio. Se tejieron y destejieron alianzas increíblemente complejas; la cuarta Cruzada, en 1204, se desvió de Palestina, saqueó en su lugar Constantinopla, la capital del Imperio que debía proteger, y estableció principados latinos en territorio bizantino. En Europa, el antisemitismo alcanzó cotas desconocidas hasta entonces, y las ciudades europeas se vieron inundadas de pronto por enormes cantidades de joyas, obras de arte y reliquias religiosas fruto de los saqueos.¹⁷

En Europa, a diferencia de otras partes del continente eurasiático, los gobernantes y el clero no consiguieron mantener bajo control a los banqueros y comerciantes. El autogobierno de las ciudades era la norma, con mucha competencia, rivalidad e incluso violencia, en lugar de la paz que los estados

imperiales aspiraban a imponer. Ni el emperador alemán (1250) ni el papa de Roma (1303) pudieron consolidar su aspiración a la autoridad universal; Europa no llegó a unificarse y siguió sufriendo los estragos de la guerra. En la guerra de los Cien Años, los propios vasallos del rey de Francia (el rey de Inglaterra y varios nobles) se levantaron contra él entre 1337 y 1453. Los ingleses capturaron a Juana de Arco, pero al final venció Carlos VII, el rey francés, y ambos monarcas tuvieron que ceder parte de su poder a instituciones más representativas: el Parlamento y los Estados Generales.

En el siglo XIII, los pueblos de Europa empezaron a conocer las culturas mongola y china. Cuando en 1237 un monje húngaro viajó al este y supo de la invasión mongola, encabezada por Batu, nieto de Gengis Kan, no pudo explicarse qué pueblo podía ser aquél: ¿quizá una de las diez tribus perdidas de Israel? ¿O tal vez una artimaña de Federico, el emperador del sacro Imperio romano, para que el rey de Hungría le rindiera pleitesía? El primer embajador europeo que visitó la corte mongol, en julio de 1246, tuvo que cabalgar tres meses y medio, cubriendo un promedio de cuarenta kilómetros al día, para recorrer un total de 4.800 kilómetros. No era fácil que las noticias se difundieran rápidamente, ni con frecuencia.¹⁸

El primer viajero continental europeo, Marco Polo, pertenecía a una familia de mercaderes venecianos; viajó a China con sus tíos entre 1271 y 1295, gracias a la política mongola de permitir que mercaderes de todos los orígenes y religiones se desplazaran e hicieran negocios libremente. (Polo visitó China durante el reinado de Kublai Kan, mientras que Ibn Battuta la conocería un poco más tarde, hacia 1345-1346). Cuando las crónicas del viaje de Marco Polo aparecieron en Italia, en 1300, muchos hombres cultos las consideraron pura ficción, en parte porque el viajero se las había dictado a un escritor conocido por sus relatos de aventuras imaginarias.

Los costes del sistema comercial mongol para los europeos se hicieron evidentes cuando la peste barrió toda Europa. Sin embargo, es probable que Europa se beneficiara del sistema mongol más que ninguna otra región del mundo. Gracias al comercio con los chinos, los europeos adquirieron las herramientas que emplearían a partir de 1500 para dominar el mundo: la imprenta, las armas de fuego y los instrumentos de navegación. El pergamino fue sustituido por el papel, que prácticamente no se utilizaba en Europa antes de los mongoles. Adoptaron mejoras para sus altos hornos y conocieron nuevos útiles de carpintería, grúas y alimentos: zanahorias, nabos, chirivías y alforfón. Con el aumento del comercio, en 1252 se volvieron a acuñar monedas de oro y, hacia mediados del siglo XIV, se inventó en Italia la contabilidad por partida doble, lo que simplificó por primera vez el cálculo de pérdidas y ganancias.

De 1315 a 1322, Europa registró un período de clima particularmente frío y húmedo, que causó malas cosechas y hambrunas generalizadas. Una generación después, de 1347 a 1351, estalló la epidemia de peste, que entró por Génova (Fig. 10.2). La población europea pasó a ser en 1400 aproximadamente la misma que en 1200 y no volvió a alcanzar los niveles anteriores a la epidemia hasta el siglo XVI. Cuando la pólvora dejó anticuados a los caballeros armados y la peste dio al traste con todo, la servidumbre de los campesinos desapareció. Los siervos huyeron o compraron su libertad; los bosques se recuperaron hasta cierto punto, y la ciencia de la silvicultura nació en Francia y Alemania, en el siglo XIV¹⁹.

A mediados de ese siglo, los europeos aplicaron lo aprendido de los chinos acerca de la pólvora e inventaron la artillería de campo. Hacia mitad del siglo XV, los fabricantes de cañones, financiados por fortunas privadas más que por los Estados, aprovecharon la producción minera local y dejaron atrás a los

competidores de otras partes del mundo. En 1480, los cañones de asalto móviles podían abrir brechas en cualquier muralla y, montados en navíos, podían atacar otros barcos y las fortificaciones de la costa.

De 1000 a 1500, la erudición aumentó de manera espectacular, desde la época en que los sabios se contentaban solamente con leer la Biblia y recordar las hazañas romanas. En el siglo XI, los cristianos latinos recuperaron Toledo y Sicilia, que estaban en manos musulmanas, y el sur de Italia, que pertenecía a Bizancio, lo que les permitió adquirir manuscritos árabes y griegos. En el siglo XII, el arte de fabricar papel llegó a Marruecos y España, tras pasar de Bagdad a Egipto en torno al año 900.

A partir de 1200, surgieron nuevos centros de enseñanza, inspirados quizá en las madrazas, los centros de estudio difundidos en el mundo musulmán, que ofrecían alojamiento subvencionado a los estudiantes y salarios a los profesores. Muchos de los profesores de esos nuevos centros procedían de dos órdenes religiosas de reciente creación: los dominicos y los franciscanos. Los europeos ampliaron la idea inicial del centro de estudios con la creación de universidades, definidas como gremios que expedían títulos y se especializaban en la investigación y la enseñanza superior, un invento muy importante.

Antes de 1300, se fundaron una veintena de universidades, a las que se añadieron sesenta más entre 1300 y 1500. En todas ellas el latín era la lengua de la enseñanza. A veces, los estudiantes se unían para crear una universidad, pero era más frecuente que la entidad fundadora fuera un gremio de profesores. La universidad de Bolonia se especializaba en Derecho; las de Montpellier y Salerno, en Medicina; y las de París y Oxford, en Teología. Abelardo (1079-1142) y Tomás de Aquino (1225-1274), famosos profesores en París, utilizaron el razonamiento lógico para buscar respuesta a diversos interrogantes religiosos y filosóficos.

Después de 1450, tres adelantos revolucionaron la imprenta y en consecuencia la enseñanza: los tipos móviles metálicos de letras individuales, una nueva tinta adecuada para el papel y una prensa de tornillo modificada que presionaba contra el papel los tipos entintados. Johannes Gutenberg imprimió su primera Biblia en 1454 y la belleza que desprende este libro es un testimonio de los años que consagró a experimentar nuevas formas de impresión. Hacia 1500, las imprentas de Europa producían anualmente entre 10 y 20 millones de ejemplares, tanto de textos antiguos como de obras políticas y religiosas contemporáneas, en más de una docena de idiomas.²⁰

Los particulares podían comprar armas de fuego (poder) y libros (conocimientos). Los gobiernos no consiguieron controlar el mercado del dinero, ni la progresiva comercialización de sus sociedades, lo que diferenció a la Europa latina del resto de las sociedades eurasiáticas, donde unos gobiernos con mayor capacidad de control consiguieron imponer mejor pautas y conductas tradicionales. En Japón, por ejemplo, la fabricación de armas de fuego estaba restringida, y, a partir de 1637, los dirigentes samuráis permitieron la desaparición de ese tipo de armas, por no considerarlas dignas de un caballero noble.

La periferia del núcleo eurasiático

Europa compartía con los países de la costa asiática del Pacífico la marginalidad respecto al centro comercial eurasiático. Se observan algunas tendencias paralelas (especialmente en el desarrollo de la construcción naval y las técnicas de navegación) que abrieron el camino a la plena globalización. Los marinos y mercaderes malayos llevaron el comercio hasta las islas más remotas del Pacífico, entre ellas las Molucas, Borneo, Mindanao y Filipinas. Japón consiguió repeler las expediciones chinas y desarrollar una cultura distintiva. Corea y Annam

(Vietnam) quedaron más a la sombra de China, aunque no sometidas directamente a su burocracia imperial: de ahí que pudieran surgir algunas rivalidades e innovaciones, lo mismo que en Europa occidental.

En África se produjo una de las mayores migraciones de la historia mundial en los siglos III y IV EC: los bantúes de piel oscura comenzaron a desplazarse desde el este de Nigeria hacia África occidental. No se sabe qué factores impulsaron la migración, quizá un aumento de la población, causado por la llegada de poblaciones que huían de la desertización del Sáhara. Los bantúes sabían forjar el hierro y las armas de ese metal les daban ventaja sobre sus vecinos cazadores recolectores. Se ignora si la migración fue pacífica o violenta. Los bantúes se instalaron primero en el centro de Sudán y después, hacia el siglo XIII, en las selvas de África central y occidental, la costa oriental y el sur del río Zambeze, hasta llegar al sur del continente, en una migración gradual que duró mil años.

Las praderas africanas, desde Senegal hasta el lago Chad, constituían la frontera meridional del área comercial central de Afroeurasia, y tanto el Imperio de Mali como su sucesor, el de Songay, se enriquecieron gracias al comercio con el mundo árabe. Pero más al sur, en África central y meridional, los pueblos siguieron en los márgenes de la red. La falta de animales de carga y ríos navegables, combinada con la presencia de enfermedades mortales, sequías y hambrunas recurrentes, determinó la escasez de ciudades y de comercio de larga distancia. Allí los africanos continuaron con su modo de vida tradicional, centrado en el culto a los antepasados, el animismo y los jefes locales. (La ciudad conocida como Gran Zimbabwe fue una fugaz excepción.)

Las tierras árticas (el norte de Siberia, Alaska y el norte de Canadá) también se quedarían al margen del comercio; allí los cazadores, pescadores y recolectores conservaron su estilo

de vida tradicional. En Rusia, con un clima ligeramente más cálido y ríos navegables, surgió el Estado de Moscovia en el siglo xv, centrado en Nóvgorod y especializado en el comercio de pieles.

Hacia el año 1500, la población mundial había llegado a 400 o 500 millones de habitantes. China e India acumulaban alrededor del 20 por ciento del total, lo mismo que el continente africano entero. Europa, sin Rusia, tenía el 15 por ciento, y en América vivía menos del 10 por ciento de la población mundial.²¹

Entre los años 1000 y 1500, los habitantes de las áreas centrales de Afroeurasia comerciaron, se relacionaron, inventaron tecnologías, intercambiaron ideas, movilizaron esfuerzos y lograron llevar el poder y la riqueza de sus regiones hasta niveles sin precedentes. El imperio creado por Gengis Kan impuso la paz que facilitó esos intercambios, hasta su desmembramiento por culpa de las disputas internas y la devastación causada por la epidemia de peste. Al volverse inseguras las rutas comerciales que atravesaban Asia central, los pueblos del sur de Europa empezaron a buscar nuevas maneras de comerciar con China. Cuando lo consiguieron, comenzó un nuevo capítulo de la historia del mundo.

O al menos así suelen contarlo los historiadores occidentales. Pero podría decirse, quizá con mayor exactitud, que el nuevo capítulo del mundo moderno comenzó en el período entre los años 1000 y 1500, cuando toda Afroeurasia empezó a intercambiar alimentos, así como tecnología, inventos e ideas sociorreligiosas. Las culturas china, india e islámica desempeñaron un papel fundamental en ese intercambio, mientras que Europa tardó en ponerse a su altura, desde su situación periférica. No es de extrañar, por lo tanto, que los europeos se entusiasmaran con lo que hizo Colón.

Interrogantes sin respuesta

1. ¿Qué significa «feudalismo»? ¿Tiene alguna utilidad este término en el análisis de la historia mundial?

Los historiadores del mundo debaten actualmente este asunto. Si feudalismo se define como un cambio en el tipo de caballos utilizados, en la relación de las elites guerreras con sus Estados y sociedades, y en el modo de producción de los campesinos, algunos eruditos observan cambios similares en toda Eurasia; otros, en cambio, no. Incluso la aplicación del término «feudalismo» a un proceso restringido a Europa en los siglos ix a xii resulta más complejo de lo que una versión idealizada del concepto puede sugerir. La aristocracia guerrera creció en poder y prestigio, administrando tierras donde los campesinos aumentaron la productividad hasta tal punto que el trabajo remunerado empezó a reemplazar a los servicios no remunerados, prestados a cambio de tierra. Al mismo tiempo, hubo zonas cuyos habitantes aún se dedicaban a la caza y la recolección o vivían en grupos tribales de campesinos (territorios sin organización estatal), que fueron asimiladas a los núcleos agrícolas, bajo la autoridad limitada del Estado. Puesto que el proceso feudal en Europa supuso muchos niveles de cambio que se produjeron simultáneamente, el término «feudalismo» debe utilizarse formulando con mucha cautela definiciones y distinciones.²²

2. ¿Es posible que el uno por ciento de la población masculina mundial descienda directamente de Gengis Kan?

Los genetistas, que actualmente pueden rastrear los cromosomas Y característicos de Gengis Kan y su descendencia masculina, dicen que sí. Un equipo de genetistas de China, Pakistán, Uzbekistán y Mongolia, dirigido por Chris Tyler-Smith, de la Universidad de Oxford, recogió a lo largo de diez años muestras de sangre de poblaciones asentadas en el territorio del antiguo Imperio mongol y sus alrededores. Los investiga-

dores encontraron una serie de variaciones del cromosoma Y corrientes dentro del Imperio pero ausentes fuera de él, con la excepción de los hazaras de Pakistán y Afganistán, un pueblo descendiente de antiguos guerreros mongoles, que cuenta entre sus antepasados a Gengis Kan. Los genetistas creen que estas variaciones con una común firma genética derivan de Gengis Kan y sus antepasados, pero no pueden demostrarlo porque el cadáver del emperador mongol nunca ha sido hallado. También creen que este tipo de cromosomas Y se generalizaron en parte a través de las violaciones perpetradas durante las conquistas, pero sobre todo a raíz de la gran cantidad de mujeres a las que tenían acceso carnal los kanes en los territorios bajo su dominio. En el área que perteneció al Imperio mongol, se ha observado que hasta el 8 por ciento de los hombres vivos son portadores de tal firma genética, y en la actual Mongolia, hasta el 20 por ciento de los hombres lo son.²³

3. ¿Por qué los emperadores Ming renunciaron a la posibilidad de que China fuera una potencia marítima mundial, después de establecer su superioridad en ese campo?

Anteriormente, los historiadores occidentales solían considerar la retirada de China del comercio mundial un monumental error de cálculo, una equivocación que le costó el dominio mundial alcanzado por Europa cuando ésta logró interconectar el mundo entero. Actualmente, muchos historiadores sostienen que la renuncia fue una decisión sensata por parte del gobierno chino, ya que, con un vasto imperio en tierra, no había razones para intentar el dominio de colonias distantes. Algunos consideran las expediciones marítimas un proyecto personal de Zhu Di; cuando él murió, sus sucesores no quisieron financiar grandes viajes. Aun así, los historiadores no dejan de preguntarse qué habría sucedido si los chinos hubiesen colonizado el Nuevo Mundo.

Recientemente, un capitán de submarino retirado de la Armada británica, Gavin Menzies, afirmó que navíos chinos exploraron las Bahamas y las Malvinas bajo el mando de Zheng He, y establecieron colonias en Australia y Nueva Zelanda, Puerto Rico, México, California y Columbia Británica entre 1421 y 1423. El libro de Menzies, *1421, The Year China Discovered America* [1421, el año en que China descubrió América], fue un éxito de ventas en Estados Unidos en 2003, pero los historiadores lo rechazan con el argumento de que sus aseveraciones son absurdas y sus ideas falaces.²⁴

En el siglo XVI, los navegantes establecieron una comunicación permanente entre los dos hemisferios de la Tierra. Los viajes marítimos habían ido en constante aumento y se habían hecho incluso algunos intentos de cruzar el océano desconocido, que, en vez de uno, resultaron ser dos, separados por un continente. Los vikingos habían llegado a Terranova en el año 1001; es posible que los polinesios llegaran a América incluso antes y también que Mansa Mahmud, rey de Mali, hubiera dirigido ya una expedición atlántica; los pescadores vascos pescaban bacalao frente a las costas de Terranova ya en algún momento del siglo XV. Pero, con el transcurso del tiempo, fueron los navegantes portugueses y españoles quienes conectaron definitivamente África y Eurasia con América. Portugal y España tenían la mejor situación geográfica para llegar al Nuevo Mundo, así como los recursos necesarios para establecerse allí una vez hubieran desembarcado.¹

Todos los historiadores, desde Karl Marx hasta David Christian, coinciden en que la unión de los dos hemisferios es uno de los acontecimientos más significativos de la historia de la humanidad. Este suceso resultó ser brutal y destructivo para tres áreas geográficas, América, Australia y las islas del Pacífico. Las sociedades euroasiáticas prevalecieron sobre las demás y, según escribió Karl Marx, «el comercio y el mercado mundial nacieron en el siglo XVI, al igual que la historia del capitalismo».²

El crisol de Colón

En 1500, menos de un 20 por ciento de la Tierra estaba

delimitada en Estados administrados por burócratas y gobernados por leyes. El resto estaba organizado en jefaturas y tribus basadas mayormente en algún tipo de economía agraria. Cazadores y recolectores constituían tan sólo un 1 por ciento de una población mundial de 461 millones de habitantes.³ Independientemente de que estuvieran organizados en Estados complejos o jefaturas locales, los pueblos que querían comerciar crearon las rutas y circuitos necesarios para ello. Uno de estos circuitos funcionaba en las islas del Pacífico, donde probablemente algunos millones de personas con una extraordinaria destreza marítima (no tenían brújulas magnéticas, se orientaban mediante la observación de las olas, las estrellas, las corrientes y los indicios de tierra) practicaron el comercio entre las islas vecinas: las de Yap, del archipiélago de las Carolinas, y las Guam, Palau, Fiji, Samoa y Tonga.

En América había otra ruta comercial que abastecía a entre 40 y 60 millones de personas. Esta cadena conectaba los grandes lagos con los Andes mediante una red que transportaba la mercancía por relevos en tierra firme y, por medio de canoas, en los ríos y entre las islas del Caribe, que pasaba por el Imperio azteca en México central y llegaba hasta el inca a través de las carreteras andinas de este Imperio.

En el tercer circuito comercial participaban tres cuartas partes de la humanidad, es decir, entre 260 y 300 millones de personas y se extendía a través de toda Eurasia y las partes septentrionales de África. Consistía en dos rutas principales: la de las caravanas, denominada Ruta de la Seda, que atravesaba Asia, y las rutas marítimas que partían de Corea, Japón y China, rodeaban la península Malaya y las islas Molucas o de las Especias, se introducían en el océano Índico, pasaban por los puertos del golfo Pérsico y el mar Rojo y llegaban, por fin, a Europa, donde navegaban por el Rin, el Elba, el Danubio y el Po, y a África donde avanzaban por medio de las caravanas de camellos.⁴

En Europa, por donde pasaba la tercera ruta comercial, se adoptaron medidas agresivas contra los musulmanes, tanto a través de las Cruzadas como, a partir del año 1031, con la Reconquista portuguesa y española de las tierras perdidas bajo su ocupación. (España se componía de Aragón, Castilla, Navarra y Granada.) En 1250, los cristianos habían reconquistado toda España menos Granada, una estrecha franja a lo largo de casi toda la costa meridional de la península.

Fue en las Cruzadas cuando los europeos probaron por primera vez el azúcar, en Siria. Como el clima europeo (con la excepción de Sicilia) era demasiado frío, los europeos, movidos por el deseo de cultivar azúcar, empezaron a buscar lugares idóneos para ello. Deseaban, además, hacerse con un mayor control del mercado de especias provenientes del este.⁵

Los gobernantes europeos buscaban también nuevas fuentes de oro para impulsar la economía de sus Estados y financiar sus actividades. La mayor parte del oro procedía de África occidental, de la zona que actualmente comprende Ghana, Benín, Togo y Guinea y que los europeos llamaban entonces Costa de Oro. Esta valiosa mercancía era transportada en caravanas de camellos a través del Sáhara hasta Fez, en Marruecos, o hasta Túnez o Trípoli. Los comerciantes musulmanes monopolizaban el comercio del oro.

Los europeos de la costa atlántica tenían el mar. Supieron aprovechar esta ventaja construyendo navíos que no sólo podían navegar en cualquier parte en alta mar, sino que además estaban equipados con artillería pesada. Los portugueses desarrollaron la carabela, un pequeño barco de dos mástiles, una quinta parte menor en tamaño que los mayores navíos europeos y chinos, y construido con planchas de madera fijadas estructuralmente a las cuadernas y no solapadas unas sobre otras, como era habitual en los barcos del norte de Europa. Con la carabela los portugueses ganaron en maniobrabilidad,

ya que las aparejaron con velas triangulares, llamadas velas latinas (que también se usaban en el océano Índico), en vez de velas cuadradas, que eran las que se usaban en Europa. Estas velas permitían a las carabelas navegar contra el viento. Más tarde, las carabelas evolucionaron a barcos de tres mástiles aparejados tanto con velas latinas como con velas cuadradas.

Una buena técnica de construcción naval no resolvió más que la mitad del problema; también fue necesario mejorar las técnicas de navegación, y para ello se combinaron los conocimientos árabes de astronomía y matemáticas con la experiencia de los navegantes. Los instrumentos clave fueron la brújula magnética, concebida primero en China, y el astrolabio, invento árabe o griego que permitía medir la posición del Sol o de las estrellas para establecer la latitud en la que se encontraba el navío. El tercer hijo del rey de Portugal, el infante Enrique el Navegante (1394-1460), fundó un instituto de investigación para el estudio de las técnicas de navegación y cartografía, después de haber dirigido, en 1415, un ataque fallido a Marruecos en busca del oro que los musulmanes custodiaban tierra adentro. Enrique se preguntó entonces cómo navegar a lo largo de la costa africana. Mientras los portugueses estudiaban el modo, las fuerzas musulmanas del Imperio otomano tomaron, en 1453, la ciudad cristiana de Bizancio, llamada a partir de aquel momento Estambul, obstaculizando así el comercio por tierra y haciendo aún más necesario, por tanto, encontrar una ruta comercial marítima que permitiera llegar hasta China.

Al morir Enrique el Navegante en 1460, los capitanes portugueses, financiados por el Estado, habían recalado en algunas islas frente a la costa africana (las islas Madeira, las Azores y las de Cabo Verde), y habían bordeado ésta hasta Sierra Leona. En 1487 partió una expedición portuguesa hacia el oeste que nunca regresaría. En 1488, Bartolomé Díaz rebasó la punta sur de África y, en 1497-1498, Vasco de Gama dirigió otra expedi-

ción que rodeó África y llegó hasta la India. En 1500, Pedro Cabral arribó a la costa de América del Sur, al mando de una flota que se había desviado hacia el oeste con la intención de aprovechar los vientos favorables para rodear la punta sur de África. Este acontecimiento permitió a los portugueses reclamar Brasil para ellos. En 1510, los portugueses ya habían ganado una batalla naval con barcos equipados con artillería y habían empezado ya a establecerse en el océano Índico.

Mientras tanto, las cortes españolas estaban ocupadas expulsando a los musulmanes de Granada. Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, que habían contraído matrimonio en 1469, unificaron sus respectivos reinos en 1480, reafirmaron su determinación de derrotar a los moros (musulmanes), y reactivaron la Inquisición, que había sido establecida por el primer dominico, Domingo de Guzmán, para erradicar la herejía en Aragón.

Antes de que irrumpiera la peste, en 1348, cristianos, judíos y musulmanes habían convivido en relativa armonía bajo gobernantes musulmanes o cristianos en los diferentes reinos españoles. Los judíos y los musulmanes habían llegado a adquirir algunas de las granjas y negocios más productivos. La Inquisición ordenó las primeras ejecuciones en 1481, y con las riquezas confiscadas a los judíos se financió la guerra contra los moros, que se rindieron a comienzos de 1492. Fernando e Isabel implantaron un gobierno cristiano que no toleraba otras religiones. Se decretó la conversión o inmediata expulsión de los judíos. Diez años después, los musulmanes corrían la misma suerte.⁶

En el fatídico año de 1492, y después de haber logrado expulsar a los musulmanes, Fernando e Isabel decidieron finalmente financiar la expedición de Cristóbal Colón, cuyo objetivo era encontrar una ruta marítima hasta China por el oeste. Colón llevaba cuatro años solicitando en vano esta

ayuda, mientras los soberanos españoles batallaban contra el enemigo. El espíritu de victoria que reinaba entre los militantes cristianos después de tantos siglos de guerras santas contra el infiel creó las circunstancias idóneas para que Colón partiera con sus hombres el 3 de agosto de 1492 desde Palos, un puerto cercano a Sevilla. A Colón no se le permitió emprender su viaje antes de la expulsión de los últimos judíos el 2 de agosto de 1492. Los judíos zarparon en dirección a Portugal, al norte de Italia, a Holanda o a países musulmanes tolerantes del norte de África.

El pensamiento racista europeo había echado raíces en la península Ibérica durante el recrudecimiento de las hostilidades contra los moros. La mayoría de los historiadores coincide en que en el pensamiento griego, romano o paleocristiano no existía un concepto equivalente al de «raza». Los cristianos odiaban a los judíos por su responsabilidad en la muerte de Jesús. En los años de las Cruzadas, este pensamiento cobró fuerza en la opinión popular. El odio a los negros parece que apenas existía en la Europa medieval, salvo en la península Ibérica, donde los cristianos asociaban el color negro con la esclavitud. (Los musulmanes tenían tanto esclavos blancos como negros, y generalmente encargaban a los negros los trabajos de más baja categoría.) A raíz de la conversión de los politeístas al cristianismo, el número de esclavos blancos descendió en Europa.

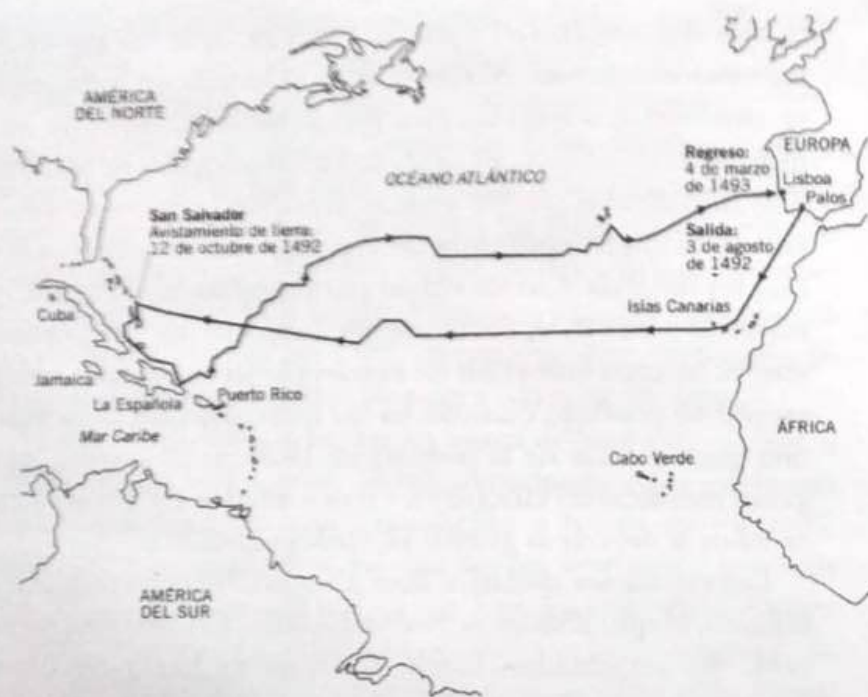
Poco después de que en la península Ibérica se expulsara a los judíos y musulmanes, se promulgaron leyes de limpieza de sangre para impedir que aquellos que tuvieran ascendencia judía o mora pudieran ejercer ciertos cargos o hacerse conquistadores o misioneros. Para desempeñar estas funciones se exigía una ascendencia cristiana pura. De estos esfuerzos por mantener la pureza religiosa brotó más tarde el pensamiento racista europeo fundamentado en argumentos biológicos.⁷

Los primeros encuentros

Colón zarpó rumbo a Catay (China) con una copia del relato de los viajes de Marco Polo. Se hizo acompañar también por un hombre que hablaba el árabe para que le ayudara a comunicarse con los kanes mongoles, pues creía que éstos seguían gobernando en China, cuando en realidad habían sido derrotados ya en 1268.

Colón hizo cuatro viajes al Caribe. En el primero de ellos recaló en La Española, las actuales Haití y República Dominicana, con 120 hombres para explorar la isla (Fig. 11.1). Los taínos cultivaban maíz, batata, pimientos picantes, yuca o mandioca (una raíz o tubérculo nutritivo), algodón y tabaco. Recogían pepitas de oro para confeccionar ornamentos, es decir, no comerciaban con el oro, y no tenían hierro. Era un pueblo tranquilo y pacífico, a diferencia de otros pueblos guerreros de las islas vecinas. Los taínos recibieron a Colón con cautela y le dirigieron a otros lugares para que buscara oro. Colón dejó cuarenta hombres en la isla, que se dedicaron a violar y a reñir de manera tan atroz que acabaron muertos a manos de los taínos.

En su segundo viaje, Colón llevó consigo 1.200 hombres (ninguna mujer), y también ganado, cerdos, y cabras con el propósito de fundar una colonia permanente. El comportamiento brutal de los hombres —una vez más se dedicaron a violar y a robar ornamentos de oro y alimentos— empujó a los taínos a la guerra. Al cabo de un año de enfrentamientos, durante el cual los españoles causaron decenas de miles de muertes a una población de quizá 250.000 indígenas, a los supervivientes se les obligó a pagar tributo en forma de comida, algodón hilado y oro. En la isla no había grandes yacimientos de oro: el que empleaban los nativos para sus ornamentos había sido recogido en forma de polvo a lo largo de varias generaciones. Los españoles mataban a los que no pagaban su



11.1 El primer viaje de Colón

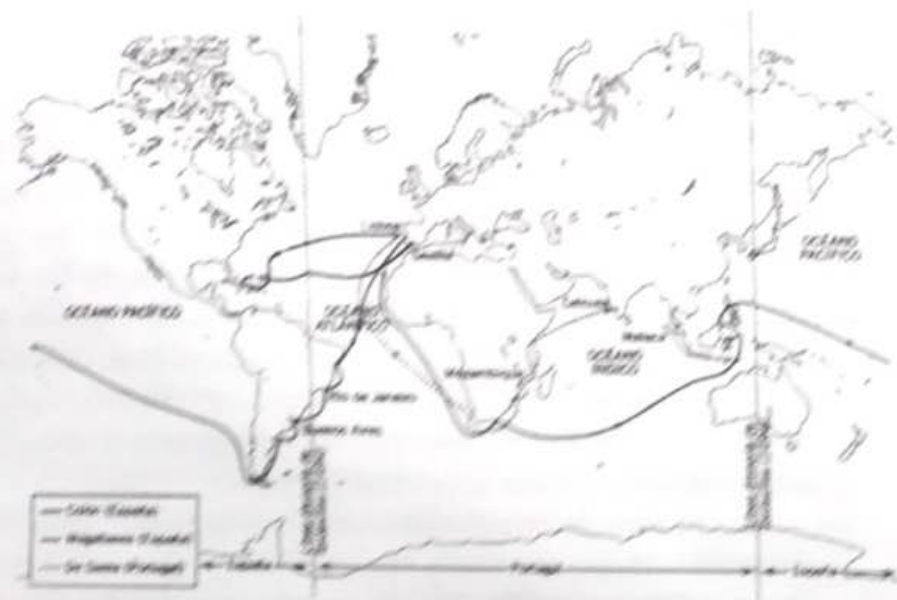
contribución cortándoles las manos. Los animales importados devoraban los alimentos y las cosechas de los taínos, lo que derivó en una hambruna. Colón volvió dos veces más, siempre en la creencia de estar desembarcando en unas islas de las costas de Asia, y siempre en busca de oro y especias para justificar sus viajes. Demostró ser un navegante brillante, pero un administrador incompetente, incluso para lo que esperaban los españoles de él. En noviembre de 1504, regresó a España, a la edad de cincuenta y tres años y medio hundido en la desgracia; murió en el olvido siete meses más tarde.⁸

Dos años después de haber llegado al hemisferio occidental, España y Portugal se repartieron el mundo —por mediación de la autoridad de Alejandro VI, un papa español de la

familia Borgia—, trazando una línea divisoria imaginaria en medio del océano Atlántico que se prolongaba, según el punto de vista portugués y español, por la parte posterior del globo. Portugal se quedó con todos los territorios que se encontraban al este, y España todos los que se encontraban al oeste, de la línea ficticia. El acuerdo fue llamado Tratado de Tordesillas, y su objetivo era evitar futuras disputas (Fig. 11.2). Como aún no se conocía el tamaño de la Tierra, los autores del tratado no pudieron asignar, a ninguna de las dos partes, las islas Molucas, fuente de valiosas especias de las Indias Orientales. No obstante, en 1529, después del regreso de los barcos de Magallanes en 1522, España reconoció el dominio de Portugal sobre las Molucas, ya que éstos habían tomado Malaca, la ciudad portuaria clave de la península Malaya. España conservó el control sobre las Filipinas.

En América, los españoles conquistaron, dominaron y convirtieron a los no creyentes, con el doble propósito de servir a Dios y enriquecerse. Después de someter las islas de La Española y Cuba, se dirigieron hacia el oeste en busca de mayores tesoros. En 1519, Hernán Cortés, un aristócrata ambicioso e implacable de treinta y cuatro años de edad, partió de Cuba con 600 hombres para tomar al asalto el Imperio azteca, de cuya existencia había tenido conocimiento dos años antes. Uno de sus hombres tenía la viruela, enfermedad que había brotado por primera vez en La Española en 1518, y que procedía de los esclavos africanos importados ilícitamente.

Cortés no tenía autorización de su rey Carlos I de España, recién nombrado emperador del sacro Imperio romano con el nombre de Carlos V, ni para conquistar ni para colonizar. El monarca español, el más poderoso de toda Europa, estaría ocupado los diez años siguientes con la unificación de Europa y la expulsión de los musulmanes otomanos, a quienes derrotó en Viena en 1529.



11.2 El mundo dividido entre España y Portugal

Unos años antes de la llegada de Cortés, los aztecas habían tenido noticias de hombres barbados de cara blanca. El gobernante azteca Moctezuma Xocoyotzin debió suponer que, tal y como relataban las historias, el dios de la agricultura y las artes Quetzalcoatl había regresado. Cuando Cortés desembarcó en Veracruz, en agosto de 1519, Moctezuma le envió ropajes divinos, y Cortés, una vez vestido con ellos, preguntó: «¿Esto es todo?». En noviembre, Moctezuma le dio la bienvenida en Tenochtitlan y lo alojó, junto con sus soldados, en el palacio real. Los españoles exploraron la ciudad y limpiaron horrorizados la sangre humana de los templos. Cuando Cortés tomó a Moctezuma como rehén, éste le entregó todas las riquezas de

la sala del tesoro del palacio, riquezas que los españoles se aprestaron a fundir. Al término de la batalla en toda regla que se produjo a continuación, Moctezuma murió (no se sabe exactamente cómo), y Cortés se retiró para aliarse con los pueblos subyugados por los aztecas. En 1520 brotaba en Tenochtitlan la primera epidemia de viruela, que se cobró más vidas que las batallas. Cortés volvió para asediar la ciudad durante noventa y tres días, cortando los suministros y dejándola sin víveres ni agua con el fin de conseguir su rendición, que finalmente se produjo cuando ya no quedaba con vida más que una quinta parte de la población. Durante el asedio, los indígenas sacrificaron cincuenta y tres soldados españoles y cuatro caballos al dios de la guerra Huitzilopochtli.⁹

Los españoles tardaron diez años en llegar a controlar todo México, al que llamaron Nueva España. Un año después de la caída de Tenochtitlan, Cortés fue nombrado capitán general y gobernador de la Nueva España: de este modo se convirtió en señor de una inmensa hacienda en la que miles de aztecas se veían forzados a cultivar la tierra. Y fue así como vivió durante veinticinco años, hasta su muerte en 1547. A mediados de 1550, 130 familias españolas establecidas en la cuenca de México dominaban a 180.000 amerindios mediante un sistema semifeudal sostenido por mano de obra forzada, expresamente en contra de los deseos de Carlos V. El cambio cultural modificó el paisaje para siempre. Se talaron los bosques para la quema de madera y para la construcción de la Ciudad de México sobre las ruinas de Tenochtitlan. Los arados se hendían en la tierra a más profundidad que las varas de plantación y causaban la erosión del suelo. El ganado, los cerdos y las ovejas aniquilaron la vegetación y despoblaron el paisaje de árboles. Se abandonó el sistema de canalización azteca. En unas pocas generaciones, gran parte de la cuenca de México había dejado de ser apta para la agricultura y fue necesario empezar

a importar alimentos. El dominio español duró unos 300 años, hasta la independencia de México, en 1821.¹⁰

La viruela llegó al otro Imperio americano, el inca en Perú, antes que los españoles. A finales de 1520, habían muerto innumerables incas, entre ellos, el emperador Huayna Capac y la mayor parte de su corte, alrededor de 1526, y poco tiempo después, parecía también el heredero designado por el emperador, Ninan Cuyuchi. Cuando Francisco Pizarro desembarcó en las costas peruanas, en 1527, las noticias sobre la llegada de los españoles aún no habían llegado a oídos de los incas.¹¹

Pizarro había ido a América en busca de fortuna en 1502, a la edad de veinticinco años. Había participado en la conquista de La Española y en una expedición a través de Panamá, donde llegó a convertirse en uno de los terratenientes más ricos. Tenía una licencia del rey de España y un socio, Diego Almagro, y decidió arriesgar toda su fortuna en la exploración de la costa del Pacífico. Fue allí, una vez desembarcado, donde tuvo conocimiento de la existencia del Imperio inca.

La mayoría de los hombres de Pizarro eran jóvenes menores de treinta años. En la sociedad feudal española un hombre ambicioso tenía sólo dos posibles vías de ascender en la escala social, bien mediante el matrimonio, bien en la guerra. El mismo Francisco Pizarro era hijo ilegítimo de un capitán que había participado en muchas batallas contra los moros; era un analfabeto que había llegado a ser rico y poderoso, pero no un fanático religioso como Cortés. Por su condición social, y sus ambiciones, estos hombres estaban muy motivados para emprender cruentas campañas militares.

Después de una larga y quijotesca búsqueda, Pizarro y sus 180 hombres encontraron, finalmente, oro en las obras maestras de los incas y en las montañas de los Andes. Cuando Pizarro llegó a la costa de Ecuador, los incas estaban enredados en una guerra civil en la que dos hermanastros, Atahualpa y Huáscar,

se disputaban el trono. Atahualpa acababa de capturar a Huáscar y estaba descansando en un manantial termal en Cajamarca, a unos 900 kilómetros al norte de la actual Lima, antes de hacerse cargo del Imperio.

Pizarro y sus hombres aprisionaron a Atahualpa en Cajamarca, después de haber matado entre siete y ocho mil incas desarmados. Tras aceptar el rescate de Atahualpa, que consistía en más de 6.000 kg de objetos de oro, Pizarro lo ejecutó, colocó como hombre de paja a un gobernante inca y en tres años se hizo con el control de todo el Imperio.

Pizarro y su socio Almagro se enzarzaron en una disputa por los territorios que debía gobernar cada uno y que se saldaría en 1541, con la muerte de Pizarro a manos de los partidarios de su rival. Fue necesario enviar más oficiales para restaurar el orden, ya que no dejaban de llegar bandadas de colonizadores españoles animados por un popular relato sobre el éxito de la búsqueda de oro de Pizarro, publicado en Sevilla tan sólo nueve meses después de la ejecución de Atahualpa.

En 1545 los españoles descubrieron yacimientos de plata en Potosí (Bolivia), y diez años más tarde mercurio en Perú, un mineral empleado en la extracción de oro y plata. A raíz de estos descubrimientos se disparó la producción de los dos metales preciosos. La riqueza mineral de los Andes incentivó a los españoles a emprender más conquistas y fue aprovechada para financiar los gastos de la parte europea del Imperio español, donde el oro y la plata se destinaban a la fabricación de moneda, la decoración de iglesias y palacios, la paga de deudas y la ampliación del ejército. Entre 1570 y 1572, los indígenas fueron trasladados de sus comunidades a asentamientos cercanos a los centros españoles. La población total indígena había descendido en un 50 por ciento y en algunos pueblos costeros hasta en un 90.

¿Cómo pudieron los españoles conquistar los imperios americanos en tan corto espacio de tiempo y con tan pocos hombres? ¿Por qué el encuentro de dos culturas que en más de 15.000 años nunca habían estado en contacto tuvo como desenlace el dominio de una sobre la otra en tan poco tiempo? Esta tragedia de la historia de la humanidad, cuya cercanía en el tiempo todavía nos conecta a ella, no ha dejado de cautivar nuestra imaginación.

La respuesta parece residir en el hecho de que los españoles contaban con la ventaja de proceder de Afroeurasia, donde se había alcanzado un alto grado de especialización cultural y progreso técnico respecto al resto del mundo. Este fenómeno se debía a una mayor abundancia de plantas cultivables y de animales domesticables, así como a la posibilidad de extender las técnicas agrícolas a otras zonas con un clima similar. El excedente de alimentos había permitido que las sociedades complejas se desarrollaran antes y produjeran los recursos técnicos que las diferenciarían: escopetas, espadas, cañones, barcos, inmunidad a las enfermedades, alfabetización de la población, una organización política centralizada y conocimientos refinados de cartografía y navegación. Los españoles, por su parte, habían disfrutado de las ventajas del intercambio comercial con todas las sociedades complejas de Afroeurasia que habían nacido y desaparecido desde que los sumerios hicieran la transición a un modo de vida urbano.

Los españoles habían asimilado y adoptado los inventos euroasiáticos y africanos, pero éstos no eran aplicables en América, donde no era fácil extender los cultivos hacia el norte y el sur, no había animales de carga, exceptuando las llamas en los Andes, y donde la tecnología del metal apenas había comenzado. La evolución de las sociedades americanas presentaba un retraso de entre 2.000 y 4.000 años respecto a las sociedades del norte de África y Eurasia.¹²

Aun así, muchos historiadores opinan que, de todas las ventajas con que contaban los españoles y portugueses frente a los americanos, la más relevante era su relativa inmunidad a las enfermedades que se transmitían a través de los animales: el sarampión, la viruela, la gripe, la difteria, la peste bubónica, así como la malaria y la fiebre amarilla, procedentes de África tropical. Al no haberse visto nunca expuestos a la presencia de animales domésticos, los indígenas de América no habían entrado en contacto con las bacterias causantes de estas enfermedades y sucumbieron a ellas en cantidades ingentes sin poder siquiera hacerles frente. La epidemia de viruela originada por el intercambio colombino precipitó uno de los dos desastres demográficos más graves de la historia escrita; el otro fue la pandemia de peste del siglo xiv. Al menos la mitad, aunque quizá hasta un 90 por ciento, de la población amerindia se extinguió entre 1492 y 1650 a raíz de las reiteradas epidemias. Muchos de los indios que los europeos conocieron eran supervivientes traumatizados de complejas civilizaciones que habían sucumbido repentinamente a enfermedades invencibles.¹³

El comportamiento de los conquistadores españoles en América no se vio libre de críticas tanto por parte de los teólogos como del rey de España. A partir de 1494, cuando el Papa repartió el mundo entre España y Portugal, los eruditos se dedicaron a debatir si este reparto otorgaba únicamente la facultad de hacer proselitismo o si también autorizaba a invadir y conquistar.

Entre 1512 y 1514, los teólogos españoles denunciaron el comportamiento de los colonos de La Española, argumentando que el rey sólo tenía derecho a hacer proselitismo, pero no a invadir. El defensor más conocido de los indios, el sacerdote Bartolomé de las Casas, empezó a luchar por su causa en 1514, y en 1520 Carlos V abolió la encomienda (por la cual se asignaba a cada colono español un grupo de indios a su cargo), aun-

que luego fracasara la aplicación de la resolución. Veinte años después el rey nombró un consejo para que promulgara nuevas leyes favorables a los nativos, lo que desencadenó una guerra civil en Perú, de la que salieron vencedores los colonos. Se hicieron algunas pruebas con indígenas como administradores, pero los españoles no les otorgaron suficiente poder.¹⁴

El intercambio global

En los 200 años que siguieron a la conquista española y portuguesa de América, los europeos desarrollaron la economía capitalista característica del mundo moderno, mediante la acumulación de capital proveniente tanto de la mano de obra forzada como de las tierras y recursos de América, sobre todo de las enormes cantidades de oro y plata encontrados en los Andes. Con estos metales preciosos los europeos crearon una riqueza mueble que fue eclipsando progresivamente la de los bienes raíces de los aristócratas; toda una ironía, ya que fueron precisamente los aristócratas terratenientes los que partieron en busca de oro y plata con el objetivo de aumentar sus riquezas.¹⁵

Entre 1500 y 1650 llegaron a España al menos entre 180 y 200 toneladas de oro, equivalentes a 2.800 millones de dólares actuales, cargados por hombres en los barcos desde el interior de las montañas, y a lomos de mulas a través del istmo de Panamá. El rey de España, también emperador del sacro Imperio romano, invirtió gran parte del oro en el pago de sus deudas, lo cual produjo su rápida dispersión por toda Europa, y dio origen, entre otras cosas, a los estilos barroco y rococó, característicos por su ostentosa decoración.

Sin embargo, la plata causó inesperadamente un impacto mayor que el oro debido a que las monedas de este metal eran más convenientes para las transacciones diarias. Gracias a las monedas de plata, los ciudadanos pudieron empezar a ahorrar y acumular riquezas. En los primeros cincuenta años posterior-

res al descubrimiento español de la montaña de plata cerca de Potosí, 16.000 toneladas de plata, equivalentes a 3.300 millones de dólares actuales, entraron oficialmente en Europa (también cargadas por hombres y mulas), además de posiblemente otras 5.000 toneladas ilegales. La plata era extraída con mano de obra forzada de los americanos nativos. En las primeras décadas murieron cuatro de cada cinco mineros. Entre 1500 y 1600, se multiplicó por ocho el suministro de oro y plata a Europa, lo cual provocó una inflación que erosionó la riqueza de otras sociedades. Las monedas de plata del Imperio otomano perdieron valor, factor que contribuyó en gran medida a socavar el poder musulmán, aunque también se vio afectada África, que perdió el mercado para su oro. La India y China se beneficiaron de la demanda europea de sus productos; en general, la plata fue a parar a China, quizá hasta dos terceras partes de la producción global.

En el mercado global emergente las sociedades africanas se encontraron en la posición más desfavorable de todas, porque su único producto con demanda eran los esclavos. Los navegantes portugueses habían comprado africanos occidentales por primera vez en 1441, y los habían llevado a Portugal, Madeira y Canarias, donde trabajaban en el cultivo de caña de azúcar. Más de 1.000 años se llevaba exportando esclavos subsaharianos a Oriente Medio y China, pero el comercio creció en tamaño e importancia después de que los europeos de la costa atlántica entraran en contacto con las costas transatlánticas. Al no hallar mercado para su oro, los príncipes y jefes africanos empezaron a vender a otros africanos para poder comprar tela, hierro, cobre, tabaco, alcohol, fusiles y conchas de cauri procedentes del océano Índico, que era la moneda principal en África occidental. Al aumentar sus riquezas, los jefes pudieron adquirir más esposas, que les daban más hijos, su mejor tesoro.

Los europeos necesitaban esclavos en la América tropical para cultivar azúcar y tabaco de manera rentable. Colón y sus hombres llevaron la caña de azúcar, originaria de la India, al Caribe, y ya en 1520 tan sólo la isla de Santo Tomás contaba con sesenta fábricas de azúcar. Pero los taínos y caribeños se morían; los africanos eran más baratos que los europeos y, además, más resistentes a la malaria, enfermedad que trajeron consigo (junto con la anquilostomiasis y la fiebre amarilla).

Franceses e ingleses competían con España en el Caribe, y, a finales del siglo XVIII, tanto Francia como Inglaterra consideraban las Islas de Azúcar su principal fuente de riqueza comercial. A principios del siglo XVII, los inversores holandeses competían por invertir en Brasil, donde la producción de azúcar les reportaba beneficios de un 56 por ciento. En Europa, el consumo anual de azúcar subió de casi 2 kilogramos por persona en 1700 a 8 kilogramos a principios del siglo XIX. El azúcar era una fuente barata de calorías para los trabajadores del sector industrial.¹⁶

El transporte transatlántico de esclavos entre Senegal o Ghana y Brasil comenzó en 1534; con el tiempo el comercio se extendió a Angola y, en el siglo XVIII, también a Mozambique y a la costa oriental de África. Normalmente, los europeos no tenían que capturar a sus esclavos africanos, porque de ello se ocupaban los traficantes y los propios gobernantes africanos. Se estima que en los 350 años que duró el comercio transatlántico de esclavos, aproximadamente entre 12 y 25 millones de personas fueron transportadas de África a América, de las cuales un 85 por ciento sobrevivía a un espantoso viaje de entre seis y diez semanas. Alrededor de un 40 por ciento fue a parar a Brasil, otro 40 al Caribe, un 5 a la zona ocupada actualmente por Estados Unidos, y el resto a los territorios españoles del continente americano. En 1820 habían llegado a América cinco veces más africanos que europeos.¹⁷

Se calcula que, en ese mismo período de 350 años, los comerciantes musulmanes, por su parte, trasladaron aproximadamente a 2.100.000 africanos de la costa este de África a los puertos árabes e indios. En total, el comercio musulmán de esclavos duró doce siglos y traficó aproximadamente con unos 14 o 15 millones de personas. Posiblemente se esclavizó la misma cantidad de personas dentro de África que la que se transportó al este y al oeste.¹⁸

Las consecuencias del comercio de esclavos en la cultura africana es un tema muy controvertido, pero nadie discute que condujo a la militarización de muchas sociedades y fomentó la aparición de señores de la guerra. Por lo que se refiere a la pérdida de vidas, el impacto de la esclavitud en África fue mucho menor que el de las enfermedades en América.

El gobierno inglés no tardó en sumarse a la carrera por adquirir colonias, y financió la expedición del navegante genovés Giovanni Caboto (John Cabot), que llegó a Terranova en 1497 y a Nueva Inglaterra en 1498. Después de estos viajes, se emprendieron expediciones a gran escala para recoger los abundantes productos que ofrecían las aguas de las costas norteamericanas. Para que el pescado llegara a Europa en condiciones comestibles, era necesario salarlo. Las salazones de bacalao se convirtieron en el alimento de los navegantes, de los soldados y de los pobres del norte de Europa. Inglaterra no actuó con suficiente rapidez para proseguir la expedición de Caboto. En 1584, sir Walter Raleigh intentó desembarcar en una isla de las costas de Carolina del Norte, pero no lo logró; los colonos ingleses apenas consiguieron establecerse en Jamestown en 1607, y en Plymouth en 1620. El gobierno inglés otorgaba privilegios reales, pero no fue capaz de procurar un sólido apoyo burocrático a sus colonos, que se encontraban más desamparados que los españoles o los franceses.

Los objetivos comerciales de los franceses en el Nuevo

Mundo se centraron en las pieles, para las cuales existían mercados inagotables en China y Europa. En 1608, los franceses fundaron una colonia a orillas del río San Lorenzo, en la actual Quebec, a la que llamaron Nueva Francia. Desde allí los tramperos remontaban el río hasta los Grandes Lagos y la bahía de Hudson para entrar en el corazón del continente, donde cazaban zorros, armiños, ardillas y martas, animales fáciles de transportar en canoas. A cambio de las pieles, los amerindios recibían armas de fuego, telas, herramientas metálicas y alcohol. Con los tramperos viajaron fervorosos misioneros jesuitas con el objetivo de convertir a los nativos al catolicismo. El número de colonos franceses era menor que el de ingleses, porque la política real francesa, que aspiraba a que Nueva Francia fuera católica, prohibía la entrada de los hugonotes (protestantes franceses) en América. (La Reforma había comenzado en 1517, como se verá más adelante en este capítulo.) Después de una serie de guerras entre Francia e Inglaterra y sus respectivas colonias, en 1763 los franceses se vieron obligados a ceder Luisiana a España y Canadá a Inglaterra.

Mientras los franceses integraban a los pueblos cazadores y recolectores del norte de América en la red comercial de las sociedades agrícolas y urbanas, los rusos hacían lo mismo en la inmensa área siberiana que abarcaba, *grosso modo*, una cuarta parte de Eurasia. Allí, los pueblos seguían viviendo en clanes y eran cazadores, pescadores, recolectores y criadores de renos y caribúes. Los rusos reclutaron cosacos de Ucrania para impulsar el negocio de pieles en Siberia, a cuyos habitantes reducían con la artillería. También las enfermedades que trajeron consigo contribuyeron a derrotarlos. En 1440, llegaron a las costas del Pacífico, impusieron un sistema recaudatorio para todos los varones adultos, e iniciaron un comercio por el que intercambiaban harina, herramientas y alcohol por pieles. Durante la mayor parte del siglo xvii, entre un 7 y un 10 por ciento de

los ingresos del Kremlin procedía del comercio de pieles de Siberia. En 1730, los rusos habían extendido sus establecimientos comerciales hasta Alaska y, en 1810, hasta el norte de California.

Otro país europeo, Holanda, entró en la carrera por la adquisición de colonias en Norteamérica. Los holandeses fundaron una colonia comercial en Nueva Ámsterdam, en la desembocadura del río Hudson y establecieron un centro para el comercio de pieles. En 1664, los ingleses interrumpieron la actividad comercial de los holandeses en Norteamérica mediante la toma, con artillería, de Nueva Ámsterdam, que a partir de ese momento pasó a llamarse Nueva York.

Este frenético comercio transatlántico propició la creación de nuevas instituciones económicas que llegarían a cambiar el mundo. En los siglos xv y xvi, España y Portugal intentaron conservar su comercio ultramarino y sus colonias como monopolios reales, estrategia que resultó cara e ineficaz. Los colonos de América preferían comerciar con los franceses, holandeses e ingleses. Los inversores privados ricos de estos países idearon formas de reducir el riesgo y aumentar sus beneficios mediante la creación de bancos, sociedades anónimas, bolsas de valores y compañías comerciales registradas, todo lo cual conformó el sistema llamado capitalismo. Las sociedades anónimas vendían acciones a inversores con el objetivo de reunir las grandes cantidades de dinero que requerían las expediciones ultramarinas: los inversores necesitaban una manera de comprar y vender acciones. En 1530, se abrió un mercado de valores en Ámsterdam, que llegó a ser el más grande del mundo en los siglos xvii y xviii. El mercado de valores de Inglaterra, la Royal Exchange, que databa de 1695, se convirtió en la Bolsa o Stock Exchange a partir de 1773.¹⁹

Algunos gobiernos apoyaron los esfuerzos de sus ciudadanos con una política que fomentaba y defendía su comercio, y

llegaban incluso a imponerla por la fuerza cuando lo estimaban necesario: a esta política se la denominó mercantilista. Una de las primeras intervenciones características del capitalismo mercantilista se dio en Holanda, en 1602: el gobierno otorgó a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales el monopolio legal en todo el comercio holandés desarrollado en el océano Índico. Esto animó a los inversores a comprar acciones de la compañía, y se vieron recompensados cuando ésta arrebató el control de las rutas marítimas a los portugueses. El gobierno, a su vez, recibió su recompensa con un aumento de los impuestos. Unos veinte años después, el gobierno holandés concedió a la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales el derecho a operar en el Atlántico, donde arrebató puertos brasileños y puertos de comercio de esclavos africanos a los portugueses. Entre 1652 a 1678, los ingleses y franceses derrotaron a los holandeses en América gracias al mayor tamaño de sus naves.

Con la evolución de las instituciones económicas, los bancos empezaron a cobrar intereses por el dinero prestado, una práctica que quienes se oponían al cobro de intereses, o al menos a unos intereses excesivos, denominaron usura. Las exigencias de esta emergente economía capitalista alimentaron una crisis de conciencia en aquellos cristianos que, al igual que los musulmanes, pensaban que era inmoral cobrar intereses, una reacción agraria frente al poder del dinero. Según el Antiguo Testamento (el Deuteronomio), únicamente estaba permitido cobrar intereses a los forasteros. Los católicos europeos ratificaron las restricciones antiguas sobre el préstamo de dinero con intereses; en Francia éstos estuvieron prohibidos por ley hasta 1789. En 1545, Calvino formuló la postura del pensamiento protestante al respecto: los intereses son legítimos si se cobran a una tasa razonable de aproximadamente el 5 por ciento.²⁰

El comercio entre Europa y África, por un lado, y América,

por otro, consistía en dos tipos de productos: aquellos que eran conocidos para ambas partes, y los que eran completamente nuevos para una de ellas. Por ejemplo, en ambos lados había pescado o pieles, pero el azúcar era un producto completamente desconocido en América, mientras que el tabaco nunca se había cultivado en África o Eurasia. Para describir este intercambio de personas, plantas, animales, enfermedades y tecnología novedosa, los historiadores hablan de «intercambio colombino».

Es difícil imaginarse la cultura gastronómica anterior al intercambio colombino. ¿Qué añadían los italianos a su pasta antes de la llegada de los tomates de América? También el chocolate vino de América; nadie lo había probado en África ni Eurasia antes de 1492. El maíz y las patatas, alimentos nuevos para Europa, ayudaron a muchas personas a sobrevivir. La casava, o mandioca, una raíz de gran aporte calórico que se cultivaba en la América tropical (originaria de Brasil), que prosperaba en suelos pobres y soportaba bien la sequía, salvó muchas vidas en el África tropical. Las judías, el calabacín, el boniato, los cacahuets, el chile, los colorantes, el tabaco y las medicinas llegaron a África y Eurasia como regalos de las tierras americanas.

A la otra orilla del Atlántico llegaban los cultivos europeos: el trigo, las aceitunas, las uvas y las hortalizas. Los europeos, por su parte, adoptaron también las cosechas africanas y asiáticas: el arroz, el plátano, el coco, la fruta de pan, la caña de azúcar, los cítricos, el melón, el higo, la cebolla, el rábano y los diferentes tipos de lechuga. Los españoles llevaron caballos a América, que originalmente provenían de allí, pero se habían extinguido durante la última Edad de Hielo, así como vacas, cerdos, ovejas, cabras, ratas y conejos. Los esclavos africanos importaron el quíngombó, el frijol, el caupí, el ñame, el mijo, el sorgo y los mangos.

Pero, junto con estos regalos de África y Eurasia, llegaron también bacterias y virus que los americanos desconocían por completo. En los primeros siglos de la Era Común, los pueblos de China y el Mediterráneo habían sido devastados por las enfermedades, pero poco a poco se habían vuelto inmunes a ellas. La población amerindia, sin embargo, era una tierra virgen para estos males, que diezmaron entre un 50 y un 90 por ciento de su población, como se ha dicho anteriormente. De América se envió tabaco a África y Eurasia, y es probable que la sífilis se originara allí y se propagara al resto del mundo a través de los navegantes.

La ampliación de estas redes comerciales mundiales puso en contacto los ecosistemas de Australia y las islas del Pacífico con el resto del planeta, aunque esto no ocurrió hasta finales del siglo xviii. En 1769, el capitán James Cook, financiado por Gran Bretaña, empezó a elaborar mapas de la costa de Nueva Zelanda, donde se estima que vivían alrededor de 100.000 maoríes, descendientes de polinesios asentados en la isla alrededor del año 1300. En Australia vivían aproximadamente 750.000 aborígenes, que estaban organizados en tribus y eran cazadores recolectores. En 1788 Gran Bretaña empezó a deportar presidiarios, mayoritariamente pequeños ladrones, a Australia; en 1845, los colonos superaban en número a los aborígenes. En este intercambio Australia dio al resto del mundo el eucalipto, mientras recibía a cambio plantas y docenas de especies de animales nuevos en lo que fue una de las distorsiones más drásticas sobre los países que una zona del mundo.

Las epidemias imperiales

A pesar de estos cambios comerciales entre los dos continentes del mundo, el comercio de mercancías e imperaciones de las potencias europeas, China y la mayoría de las zonas imperiales de Asia del Sur permanecieron aisladas del mundo a su cargo de

todo el siglo xviii. Después de China y la India, los gobiernos más poderosos eran los del Imperio otomano, que había surgido en Turquía, y la casa de Habsburgo, que controlaba aproximadamente un 20 por ciento del territorio europeo, así como las colonias españolas de América.

En China se pasó de la dinastía Ming a la Qing, una familia manchú que conquistó Pekín en 1644, y el resto del país en cuarenta años, y que permaneció en el poder hasta 1911. La dinastía Qing dio dos emperadores extraordinarios, Kangxi (que reinó entre 1662 y 1722) y Qianlong (que reinó entre 1736 y 1796). El gobierno chino ejercía un control estricto sobre el comercio: permitía a los europeos comerciar sólo en Cantón, donde cambiaban principalmente plata por productos chinos. Las clases medias ricas y ambiciosas de Europa consumían ávidamente productos chinos, tanto originales como imitaciones: seda, porcelana, té, papel decorado para tapizar las paredes, etc. A finales del siglo xviii, Gran Bretaña estaba preocupada por su enorme déficit comercial con China e intentó negociar en vano cambios en la política comercial.

En China, la densidad de población se disparó: pasó de los 100 millones de habitantes que tenía durante la dinastía Ming a 350 millones en 1800, una cifra que representaba una tercera parte de la población mundial. La presión demográfica aceleró la tala de árboles y la deforestación, que a su vez originó una fuerte erosión de la tierra y las consiguientes inundaciones. A finales del siglo xviii, el agua del Gran Canal era tan turbia que se había vuelto inusable. Las rebeliones campesinas se convirtieron en un fenómeno endémico en el centro y el sur de China.

El imperio manchú de la India concluyó con la batalla de las batallas mundiales, culminando en el valle de Peshawar, en el actual Pakistán, que, liderada por Nadir, derrotó a los británicos de India en 1759. Nadir era descendiente del segundo hijo

de Gengis Kan, Chaghatai. Estos turcos musulmanes fueron una minoría que gobernó en una tierra de hinduistas y que extendió su dominio por todo el norte de la India, desde los ríos Indo y Ganges, y la zona de Cachemira y el Punjab hasta Bombay, pero no llegaron a abarcar la punta meridional ni la costa oriental. El nieto de Babur, Akbar (gobernó de 1556 a 1605) contrajo matrimonio con una princesa Rajput, cuyo fruto fue un hijo musulmán a la vez que hindú. La corte de Akbar se caracterizó por el esplendor de sus riquezas, una opulenta ostentación y el empleo del idioma persa. A finales del siglo XVI y comienzos del XVII, la India, que contaba con una población de entre 100 y 150 millones, gozaba de una época de gran prosperidad gracias al comercio de tejidos de algodón que salían de sus puertos, sin buques mercantes ni de guerra. En el siglo XVII, las arcas del Imperio mogol eran cuatro veces más ricas que las de Francia. El Imperio mogol sobrevivió nominalmente hasta 1857, año en que los británicos destituyeron al último emperador; pero, en realidad, su declive había empezado en 1707, cuando su supremacía militar fue desafiada por el poder de una serie de nobles indios locales. Éstos, delegando el poder en los principados, dejaron a la India desprotegida y a expensas de la intrusión británica que se produciría en el siglo XIX.

El Imperio otomano, fundado por los turcos musulmanes del noroeste de Anatolia, comenzó a expandirse a partir de 1415, conquistó Constantinopla (cuyo nombre fue reemplazado por el de Estambul) en 1453, y en 1550 se extendía desde el río Éufrates hasta Hungría en Europa, y hasta el Sáhara en África. El Imperio tenía una población de entre 20 y 25 millones de habitantes, quizá hasta alcanzar los 30 millones en el siglo XVIII. Tras la conquista de los países cristianos de los Balcanes, los otomanos impusieron la leva obligatoria de niños varones, por la cual eran educados por familias turcas y, más adelante, enviados a escuelas militares de Estambul, con el

propósito de formarlos como soldados, o en el caso de los más cualificados, para ejercer cargos administrativos en el gobierno. El café, cultivado en la altiplanicie de Yemen, en el extremo meridional de Arabia, donde el mar Rojo confluye con el océano Índico, hizo furor en el Estambul del siglo XV, antes de extenderse por Europa (a Venecia llegó en 1615 y a Londres en 1651). A pesar de las frecuentes guerras con Irán, el Imperio otomano resistiría hasta la Primera Guerra Mundial.

En el año 1600, Irán, conocido como el Imperio safávida, se extendía desde Bagdad, en el oeste, hasta el Imperio mogol, en el este. El fundador de la familia gobernante, Ismael, exigió que en Irán se practicara el islamismo chiita, diferenciando así su Imperio de los vecinos, todos ellos sunitas. Desde que los mongoles destruyeron Bagdad en 1258, la cultura iraní se había orientado más hacia la India que hacia Arabia; los eruditos y escritores usaban el persa más que el árabe. La mayoría de los habitantes del Imperio safávida, fueran iraníes, turcos, kurdos o árabes, vivían de la agricultura o del pastoreo de subsistencia. Los únicos productos que exportaban eran telas de seda y las alfombras de pelo largo tan apreciadas aún hoy. El gobierno central quedó debilitado, al no obtener contribuciones de los grupos nómadas, y en el año 1722 los afganos tomaron la capital y pusieron fin a al Imperio safávida.

Entre los siglos XI y XVI, el cuarto Imperio mayor del mundo era el de la casa de los Habsburgo. Su origen era Suiza, donde, en 1273, el gobernante Rodolfo I fue elegido emperador del sacro Imperio romano. Instituyó a su hijo como gobernante de Austria, y, mediante el matrimonio y las herencias, los Habsburgo se hicieron con el control de Holanda en 1477 y de España en 1516, además de Luxemburgo, Borgoña, Bohemia, Hungría, Sicilia, Nápoles y Milán. En 1519, el rey Habsburgo de España, Carlos I (nieto de Fernando e Isabel), se convertiría también en emperador del sacro Imperio romano con el

nombre de Carlos V, como ya hemos mencionado anteriormente.

Carlos V, que había ascendido al trono tan sólo dos años después de que Lutero iniciara la Reforma protestante, se puso al frente de la Cruzada contra el protestantismo, y contra los musulmanes del Imperio otomano. Gobernó sobre más de 20 millones de personas y sobre un 20 por ciento del territorio europeo, pero no consiguió unificar Europa ni frenar el avance del protestantismo; emprendió cuatro guerras contra Francia, y el sacro Imperio romano se enzarzó en guerras religiosas entre protestantes y católicos. Carlos V abdicó y se retiró a un monasterio en 1556; las posesiones de los Habsburgo habían quedado divididas. Austria seguiría en manos de la dinastía hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, en 1918.

A principios del siglo XVII, España estaba en bancarrota, a pesar de la plata procedente de las colonias americanas, y Francia, gobernada por la dinastía Borbón, se convirtió en el Estado más poderoso de Europa. Ámsterdam fue el centro financiero y el mayor puerto de la Europa del siglo XVII. En 1689, Inglaterra se convirtió en el rival más poderoso de Francia. La fragmentación política de Europa generó una gran competencia entre sus Estados y, posiblemente también, un proceso de cambios tecnológicos.

Probablemente, la vida rural empeoró en Europa entre 1500 y 1750. El enfriamiento del clima, fenómeno conocido como Pequeña Edad de Hielo, causó enfermedades, malnutrición y mortalidad. Se talaron enormes cantidades de árboles para la construcción de barcos y edificios, como combustible para la calefacción y la cocina, y para la producción de carbón vegetal con vistas a la fundición de minerales. La deforestación afectó a los pobres, que migraron en masa a las ciudades. Mientras que, en 1500, París era la única ciudad europea con una población superior a 100.000 habitantes, en 1700, la

población de París y Londres ascendía a 500.000, la de Ámsterdam a 200.000, y la de otras veinte ciudades a más de 60.000. En las ciudades, la clase rica dominante, llamada burguesía, «habitantes de las ciudades» en francés, dedicaba largas horas a los negocios, con el respaldo de los monarcas, ya que los ingresos estatales crecían a la par que éstos. Aproximadamente entre un 10 y un 20 por ciento de los habitantes de las ciudades eran tan pobres que estaban exentos del pago de impuestos.

Religión, ciencia y guerra

Entre 1450 y 1800, la imprenta con tipos metálicos móviles y reutilizables diferenció a Europa y sus colonias del resto del mundo, incluidos los otomanos, los mogoles y los chinos de la dinastía Ming. Estos otros Imperios contaron con escribientes hasta el siglo XIX. Las posibles razones de este fenómeno son variadas y no podemos conocerlas a ciencia cierta: a lo mejor los gobiernos temían ofender a los escribas, o no ser capaces de controlar la imprenta; quizá la imprenta no ofrecía ventajas evidentes en los idiomas que usaban ideogramas en vez de letras alfabéticas. Durante algún tiempo, las autoridades musulmanas consideraron que la imprenta profanaba el texto del Corán. La única excepción conocida fue Corea, donde los tipos metálicos móviles se habían inventado en el siglo XIII, y se había añadido un alfabeto en el XV, factores que dieron un enorme empuje a la imprenta en un país donde tan sólo una reducida elite sabía leer.²¹

En Europa, la imprenta de Gutenberg (1454) se extendió a una velocidad asombrosa. En 1500, 236 ciudades europeas contaban con imprentas similares a la de su inventor. En 1501, se fundieron tipos metálicos para los alfabetos cirílico y griego. Los españoles fundaron imprentas en América en 1533, y los ingleses en 1639. En 1605, apareció la primera publicación

regular, y en 1702, el primer diario. En 1753, se vendían 20.000 periódicos diariamente en Gran Bretaña. Creció el índice de alfabetismo, comenzó a fluir la comunicación de negocios, y un número creciente de personas empezó a participar en debates intelectuales, especialmente en las enconadas discusiones religiosas.

Probablemente fuera la imprenta la razón de que casi la mitad de Europa se hiciera protestante. Un fraile católico y profesor de Teología de la Universidad de Wittenberg, Martín Lutero (1483-1546), se opuso a la práctica del Papa León X de conceder indulgencias mediante las cuales los hombres podían obtener el perdón de los castigos por pecados cometidos, haciendo una donación o realizando un peregrinaje. En 1517, Lutero escribió sus tesis en latín y las clavó en la puerta de la iglesia. En ellas afirmaba que el cristianismo es un compromiso personal en el que la salvación es posible sólo a través de la fe y no de ningún tipo de obra benéfica. Las ideas de Lutero fueron divulgadas a través de panfletos baratos, y acogidas indistintamente por príncipes y pobres. La Iglesia intentó, en vano, frenar su divulgación. Lutero no defendía la tolerancia religiosa: quería que el protestantismo sustituyera al catolicismo como fe verdadera. Los estados alemanes se enzarzaron en una guerra que finalizó en 1555, con un acuerdo que permitía a cada príncipe elegir la religión de su principado. En otros lugares de Europa brotaron nuevos movimientos de reforma, como el calvinismo, el anglicanismo o el presbiterianismo.

Las religiones establecidas se vieron desafiadas en muchos lugares del mundo. En China, Wang Yangman (1472-1529) afirmaba que los hombres corrientes podían lograr la virtud y la verdad sin haber profundizado en el confucianismo; este desafío derivó en una reafirmación de la ortodoxia confuciana. En la India, Gure Nanak (1469-1539) inició una nueva religión: el sijismo, basado en textos hinduistas pero que rechaza-

ba la autoridad clerical de la casta brahmán y abogaba por un estricto código moral para todos los seguidores, independientemente de la casta a la que pertenecieran, al contrario de lo que dictaba el hinduismo. El emperador Akbar (1556-1605) fomentó la diversidad religiosa y la tolerancia, pero los emperadores que le sucedieron favorecieron a los musulmanes.

En esta época, muchas religiones locales fueron barridas del mapa por las crecientes corrientes de comercio, comunicación y colonización. Los que se aferraban con tenacidad a las tradiciones locales quedaban aislados o se convertían en blanco de los misioneros musulmanes y cristianos. Hasta el pueblo nómada de los mongoles que, durante largo tiempo, había profesado las tradiciones chamanísticas locales, se convirtió progresivamente al budismo tibetano; en 1601, un mongol fue elegido Dalai Lama, y poco después proliferaron los monasterios budistas por toda Mongolia.

En Europa, el desafío a las autoridades llegó hasta el punto de originar una nueva actitud vital: no confíes en absoluto en las autoridades, sino somete cada idea a la experiencia y la razón. Esta actitud, conocida como científica, floreció en Europa, donde las universidades funcionaban a modo de comunidades que amparaban la actividad científica. En 1500, había más de cien universidades, que absorbían y trataban el flujo de información proveniente de muchos lugares del mundo. En 1559, el papado inició la práctica de proscripción de libros subversivos, actividad que no cesaría hasta 1966. El Papa se enfrentó al científico Galileo Galilei, quien afirmaba que la Tierra giraba alrededor del Sol, y no viceversa. En 1616, las autoridades eclesiásticas le condenaron a arresto domiciliario en Florencia, pero no pudieron reprimir sus ideas, que fueron publicadas en Holanda. El inglés William Shakespeare (1564-1616) reflejó, en sus obras, los conflictos originados por los rápidos cambios que acontecían en el mundo.

Las guerras han constituido un hilo continuo en esta narración, sin que hayamos descrito en detalle cómo se desarrollaban. Entre 1450 y 1800, fueron transformadas por los grandes progresos tecnológicos: los buques oceánicos equipados con artillería, la artillería de campo, las inmensas fortificaciones erigidas como medio defensivo contra los dos primeros; los ejércitos permanentes con formación y capaces de resistir como blanco del fuego, y un apoyo logístico masivo para las tropas de campo. Estos avances costaron tanto dinero que los sistemas bancarios acabaron convirtiéndose en una parte intrínseca de la organización bélica. Los mayores imperios invertían entre un 70 y un 90 por ciento de sus ingresos en equipamiento militar.

No todos los imperios participaron por igual en el desarrollo de la tecnología militar. Tan sólo Europa y China construyeron buques oceánicos, práctica que China abandonó pronto. Los europeos y los otomanos destacaban en artillería de campo e infantería armada. En Europa se inventó la instrucción de orden cerrado, además del sistema bancario como parte integrante de la logística bélica (en Italia, los Países Bajos, Inglaterra), a pesar de que las Sagradas Escrituras prohibían la práctica de la usura. Los musulmanes, que obedecieron lo estipulado en el Corán, no implantaron la usura, sino que inventaron un sistema por el que el prestamista se convertía en socio de la empresa. Los mogoles no tenían ni bancos ni poder marítimo. En China, la dinastía Qing derrotó a la Ming gracias al empleo de artillería de asedio, cuyo manejo habían aprendido de los misioneros jesuitas. África adoptó sólo una pequeña parte de los progresos militares, pero la suficiente para aniquilar el poder de los nómadas, incapaces de fabricar armas y artillería en grandes cantidades.

Entre 1750 y 1800, se había establecido un sistema mundial de intercambio y comercio que utilizaba los mares y océanos

como medio de transporte para las mercancías. Las ciudades portuarias y las regiones interiores próximas en las que se extendía su influencia prosperaron, mientras que las zonas sin salida al mar languidecían. Se tardaba un mes en cruzar el Atlántico, tres en atravesar el Pacífico, uno o más en recorrer el Sahara a camello, y un año en andar de un extremo de Eurasia al otro. El comercio en alta mar fue el distintivo del período que abarca de 1450 a 1800.

En esta época la población mundial se duplicó y alcanzó los 900 millones de habitantes. El intercambio colombino de alimentos y la disminución de las epidemias contribuyeron a este crecimiento. La población africana creció con mucha más lentitud que la de otras zonas, pero, en general, el siglo XVIII marcó el punto de inflexión en el desarrollo demográfico mundial; señaló el inicio de la Edad Moderna, caracterizada entre otras cosas por un crecimiento demográfico sumamente rápido. Sin embargo, entre un 80 y un 85 por ciento de la población seguía viviendo de la agricultura, y la principal fuente de energía era la humana. Los agricultores no sabían leer, y vivían en sociedades tan cerradas que raras veces topaban con un forastero. En este período aumentó significativamente el número de esclavos, que llegó a los 20 o 50 millones, o a entre un 2 y un 5 por ciento de toda la humanidad en 1800. El índice de crecimiento de la economía mundial fue aproximadamente igual al del crecimiento demográfico. Entre 1450 y 1800, la economía creció a menos de una cuarta parte de unidad porcentual, lo que resultó en su duplicación o triplicación a lo largo de todo este período. Este crecimiento se debió principalmente al aumento de la población, y no tanto a una mejora en la eficacia de la producción, ya que la fuerza muscular seguía constituyendo la principal fuente de energía. China y la India se mantuvieron en el centro económico, y manejaron casi el 80 por ciento de los productos y servicios hasta mediados del siglo XVIII, momento en que la econo-

procedentes de América, la sólida maquinaria estatal, los yacimientos de carbón, la densidad demográfica, la rapidez de los medios de comunicación lograda gracias a la imprenta, las diferencias estructurales políticas y sociales, así como una serie de casualidades. Todos estos factores parecen haber desempeñado algún papel. La siguiente pregunta es: ¿cómo llegó Inglaterra a ponerse al frente del desarrollo del capitalismo? En el próximo capítulo ofrecemos algunas posibles respuestas.

12 La industrialización

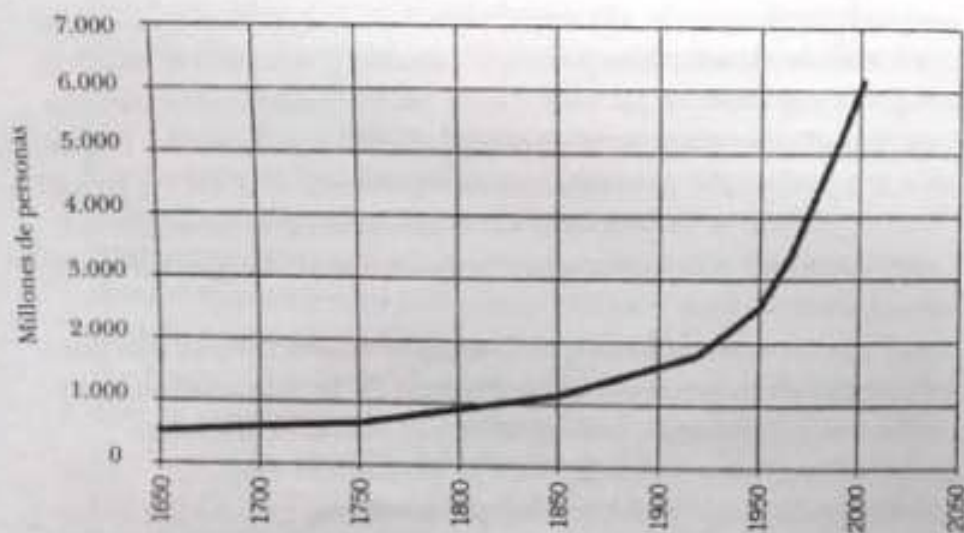
(1750-2000 ec)

Algunos historiadores denominan «Revolución industrial» al paso a los combustibles fósiles, al sistema de producción en fábricas y a una economía manufacturera, que empezó a dar Inglaterra alrededor de 1750. Otros, entre los que me cuento, preferimos hablar de «industrialización» para indicar un proceso mucho más largo y progresivo que se inició cuando África y Eurasia pasaron a formar una única red comercial (capítulo 10), que se intensificó con la mejora de las comunicaciones mundiales (capítulo 11), y que concluyó hacia 1850 en Inglaterra, más tarde en otros países, y que aún continúa en muchos lugares del mundo. La mayoría de los historiadores coinciden en que el paso a la energía proveniente de combustibles fósiles y a la producción manufacturera representa uno de los tres o cuatro cambios principales en la historia de la humanidad, equiparable en importancia a la aparición de la agricultura o las ciudades.¹

El desarrollo de la industrialización vino acompañado por dos fenómenos nuevos en la historia de la humanidad: uno afectó al crecimiento demográfico y el otro al económico.

Desde el año 1 hasta 1700 la población mundial había aumentado gradualmente a un promedio de un 12 por ciento cada siglo. Sin embargo, el crecimiento no había sido constante, sino que se habían registrado períodos de descenso cuando, como hemos señalado anteriormente, la población agotaba las reservas de alimentos disponibles o cuando las enfermedades la diezmaban. Después de 1700 el índice de mortalidad comenzó a descender, y la población mundial cre-

ció entre un 30 y un 50 por ciento durante el siglo XVIII, un 80 por ciento en el siglo XIX y un 280 por ciento en el siglo XX. Nadie sabe con certeza cuáles han sido las razones de este crecimiento, aunque todo parece indicar que el calentamiento del clima, una mayor abundancia de alimentos (debido a las nuevas variedades importadas del continente americano y el perfeccionamiento de las técnicas agrícolas), la mejora de los medios de transporte y un aumento de la circulación de las enfermedades mortales (lo que condujo a una mayor inmunidad frente a ellas) constituyen la explicación más verosímil (Fig. 12.1).²



12.1 Población mundial 1650-2000

(Fuente: Donella Meadows, Jorgen Randers y Dennis Meadows: *Limits to Growth: The 30-Year Update*, Chelsea Green Publishing, White River Junction, p. 6.)

Aún más sorprendente resulta que a partir de finales de 1600 las economías inglesa y holandesa experimentasen un incremento de la renta per cápita de sus crecientes poblaciones a pesar de la reducción de los ingresos derivados de la producción agrícola. El aumento de la renta per cápita (es decir, de los ingresos reales por persona) era una tendencia que ya se había observado en varias partes del mundo, pero siempre había acabado revirtiéndose, dejando el nivel de vida de la agricultura de subsistencia más o menos igual que antes. En Europa, sin embargo, el nivel de vida no ha dejado de crecer desde finales de 1600, salvo en tiempo de guerra. A pesar de haberse realizado muchos estudios, no se conocen a ciencia cierta las causas de este proceso. El estudio más famoso ha sido el de Adam Smith, quien argumentó en *La riqueza de las naciones* (1776) que las sociedades pueden promover el crecimiento económico con la creación de una paz duradera, unos impuestos moderados y unas leyes imparciales que protejan la propiedad privada y las inversiones.³

El poder de la burguesía

Desde que se crearon los primeros Estados, hace alrededor de 5.000 años, el sistema político más común y duradero ha sido la monarquía: el gobierno de una sola persona cuyo poder está sujeto a ciertas restricciones de mayor o menor importancia. Desde la aparición de las ciudades, han sido pocas las sociedades que han creado democracias en las que participen activamente todos los ciudadanos, definidos de una forma u otra; esas sociedades nunca han sido ni muy pobladas ni han durado demasiado.

Con la intensificación del comercio y el aumento espectacular del número de ciudades a principios del siglo XVII, empezó a cundir el descontento entre las poderosas asociaciones de comerciantes y los terratenientes por los gravámenes

que les imponían los monarcas. Los grandes imperios que se habían constituido sobre tradiciones ancestrales, como el quing en China, el mogol en la India o el otomano en Turquía y Oriente Medio, lograron controlar estas tensiones y evitar así la guerra civil.

Sin embargo, en Europa, donde prevalecía un sistema de pequeños Estados de nuevo cuño que competían entre sí, los monarcas de Holanda e Inglaterra no fueron capaces de mitigar dichas tensiones. Los líderes burgueses condujeron a sus sociedades a la guerra civil con el fin de limitar el poder de los reyes. En Holanda, tras una larga guerra que duró de 1567 a 1609, la elite ciudadana acabó con la soberanía de los Habsburgo, y estableció una república.

En Inglaterra la revolución política comenzó cincuenta años más tarde y fueron necesarios otros cincuenta años para completarla, desde el estallido de la guerra civil en 1642 y la decapitación de Carlos I en 1649 hasta la restauración de su hijo Carlos II en 1660 y, finalmente, el golpe de Estado que llevó a cabo el Parlamento entre 1688 y 1689. Esta revolución política encabezada por los ricos propietarios parlamentarios restauró la monarquía como símbolo de unidad, pero confiando el auténtico poder al Parlamento, tal y como se estipuló en la carta constitucional que garantizaba la supremacía de éste mediante el control del erario público, la convocatoria periódica de asambleas y la prohibición de otorgar poder a la Corona. Conocida como la «Revolución gloriosa», este cambio político sentó las bases para los drásticos cambios económicos y tecnológicos que habrían de venir. La elite que lideró esta revolución, que representaba alrededor de un 5 por ciento de la población, tenía bajo su control aproximadamente el 25 por ciento de la renta nacional. Ella centralizó y reformó las finanzas públicas con unas estrictas normas contables.⁴

La intensificación del comercio transatlántico trajo consigo

otras revoluciones. Los colonos británicos de Norteamérica, en su mayoría hombres adinerados, se rebelaron contra el aumento de los impuestos, y declararon la guerra a Gran Bretaña en 1776. Los colonos lograron su independencia gracias a los elevados costes que esta guerra ultramarina supuso para Gran Bretaña y a la ayuda que Francia les brindó. Poco tiempo después, en 1789 estalló la Revolución francesa: los campesinos se unieron a los Estados Generales, compuestos mayoritariamente por hombres acaudalados, para derrocar al monarca. Tras un período en que reinó la anarquía, los franceses conocieron la dictadura de Napoleón Bonaparte, una posterior restauración de la monarquía seguida de nuevas revoluciones y, finalmente, en 1871, el establecimiento de una república duradera. En América, la colonia azucarera francesa de Santo Domingo (Saint Domingue) se rebeló y obtuvo su independencia con el nombre de Haití en 1804. En el año 1826 un movimiento independentista de Hispanoamérica liderado por Simón Bolívar (1783-1830) llevó la independencia a la mayor parte de las posesiones españolas de América, exceptuando solamente Cuba y Puerto Rico, donde los plantadores siguieron fieles a su mejor cliente, España. Brasil consiguió su independencia de Portugal en 1822. En Alemania, con un Parlamento mermado en sus competencias, la monarquía se mantuvo hasta su derrota en la Primera Guerra Mundial, mientras que la monarquía rusa caía en 1917.

Fueron los ricos burgueses propietarios quienes incubaron la idea de un gobierno representativo con el objetivo de contrarrestar el poder de los monarcas para gravar su patrimonio. Dos ilustres ingleses expresaron la idea de un gobierno representativo: el poeta John Milton (1608-1674) y el consejero de un conde, John Locke (1632-1704), hombres con un patrimonio consolidado. Milton, hijo de un prestamista que financió su carrera, llegó a ser secretario de la Commonwealth entre

1649 y 1660, época en que el Parlamento gobernó bajo la dirección del victorioso general Oliver Cromwell. Durante la guerra civil que había precedido a la fundación de la Commonwealth, Milton había escrito su grandilocuente defensa de la libertad frente a la censura del gobierno: la *Areopagítica*. En la guerra de panfletos que estalló tras el fin de la censura monárquica, Milton defendió el derecho del Parlamento al regicidio.

Unos años después, John Locke defendió también los derechos del Parlamento frente a los del monarca en *Dos tratados sobre el gobierno civil* (1690). En estos ensayos, Locke sostenía que los hombres se someten al gobierno no por porque la sumisión a un líder absoluto sea un impulso innato en las personas, sino porque un gobierno legítimo protege sus derechos de propiedad. Si el gobierno no ofrece esta protección, los hombres con propiedades tienen derecho a retirar su apoyo al gobierno y a formar uno nuevo. Los reyes no tienen derecho a gobernar, sino que son los hombres los que tienen derecho a aceptarles. Para reforzar sus argumentos, Locke elaboró una nueva teoría de la mente en la que negaba la existencia de ideas innatas, incluida la tendencia a someterse a una autoridad absoluta. Sostenía, en cambio, que la mente del recién nacido era como una *tabula rasa* en la que todas las ideas surgen de la experiencia y la razón.

Pero ¿quiénes tenían derecho a ofrecer su apoyo al gobierno? En tiempos de Locke, tan sólo un puñado de varones mayores de edad podían elegir a los parlamentarios. Cuando Thomas Jefferson (1743-1826) utilizó las ideas de Locke en su *Declaración de independencia* (1776) para justificar la rebelión de las colonias inglesas en América, sustituyó en su listado de derechos el término «propiedad» por el de «búsqueda de la felicidad», con la intención, al parecer, de ampliar la base de lo que consideraba votantes legítimos. James Madison remachó

la argumentación de Jefferson alegando que, así como el término «propiedad» significa por un lado tierra, dinero y mercancías, en un sentido más amplio abarca también la libertad de opinión y el libre uso de las facultades de cada cual, y concluía su alegato afirmando que «así como el hombre tiene derecho sobre su propiedad, también se puede decir que es el propietario de sus derechos»⁵. Con estas ideas, las consecuencias de las acciones de aquellos ricos propietarios que habían desafiado y decapitado al rey Carlos I, habían llegado más lejos de lo que ellos mismos habían pretendido.

En la Constitución de los Estados Unidos no se estipulaba nada sobre los requisitos para emitir el voto. El colegio electoral votaba al presidente, las asambleas legislativas de los estados votaban a los senadores, y cada estado establecía sus propias condiciones para la elección de candidatos a la Cámara de Representantes. En 1800, Pensilvania era el único estado donde no se exigían requisitos de propiedad para ser candidato. Los esclavos no podían votar, pero se contaban como las tres quintas partes de una persona a la hora de determinar el número de congresistas por estado, lo cual daba más poder a los estados esclavistas. Las mujeres no tuvieron derecho al voto hasta 1920.⁶

Al tiempo que la idea de igualdad política de los hombres iba ganando aceptación en Europa y en los Estados Unidos, los ciudadanos de estas regiones desarrollaron el concepto de raza como medida de clasificación en función de las características físicas. Si todos los hombres son iguales, ¿cómo se explica que algunos tengan un aspecto tan subdesarrollado?, se planteaban los europeos. En 1735, el naturalista sueco Carlos Linneo había hecho ya un intento de clasificación racial, pero el más autorizado sería obra del padre de la antropología física Johann Blumenbach, catedrático de la universidad de Gotinga en Alemania, con sus estudios basados en las medidas del crá-

neo. En su obra *Sobre las variedades naturales de la especie humana* (1775), Blumenbach distinguía cinco razas de seres humanos. En la tercera edición, de 1795, les puso nombre: la caucásica, la mongoloide, la etíope, la americana y la malaya. Blumenbach no creía que los africanos fueran más próximos a los simios que otros pueblos, pero pensaba, en cambio, que los caucásicos habían sido la primera raza y que de ella se habían derivado todas las demás.⁷

La Revolución industrial

Hoy en día se considera que la transición a la industrialización fue un fenómeno global impulsado, no por la sociedad europea, sino por las fuerzas que componían la red global, como la interacción entre los pueblos de África y Eurasia con los de América. Tras la comunicación de los dos hemisferios, los índices de innovación, los niveles de producción y el ritmo de aprendizaje colectivo experimentaron una fuerte aceleración en todo el mundo. La costa atlántica de Europa se benefició de su situación como primer centro neurálgico del primer sistema mundial. Los europeos contaban con la ventaja de una situación geográfica estratégica y de ser jóvenes, flexibles y abiertos al cambio.

El proceso de industrialización comenzó concretamente en Gran Bretaña, una isla pequeña y húmeda situada al noroeste de Europa. Uno de los principales factores que contribuyeron a ello fueron sus grandes yacimientos de carbón. A medida que la isla se fue quedando sin bosques, cuya madera se empleaba en la producción de carbón vegetal para la fundición de metales, la producción de hierro comenzó a caer en picado. El empleo de hulla en la fundición de hierro no dio resultado, pues sus impurezas convertían el hierro en un material frágil. En 1709, la familia Darby de la localidad de Shropshire descubrió que, si el carbón era previamente convertido en coque, el proceso de fundición podía realizarse con buenos resultados.

Pero los depósitos de carbón estaban profundamente enterrados y su explotación era difícil porque los pozos se inundaban de agua; se necesitaba algún tipo de bomba para extraerla. En la década de 1770, el escocés James Watt perfeccionó el diseño de la máquina de vapor, y en 1800 Gran Bretaña contaba ya con aproximadamente dos millares de ellas: aunque su eficacia era solamente de un 5 por ciento, cada una sustituía a 200 hombres en la tarea de bombear agua de las minas de carbón. (La producción de carbón aumentó casi un 500 por ciento entre 1780 y 1830.) Era necesario perfeccionar la máquina de vapor, un objetivo en pos del cual Inglaterra invirtió todos los conocimientos acumulados en la fabricación de armas y relojes. Los costes energéticos de los equipos propulsados por máquinas de vapor bajaron en picado a partir de 1830.⁸

Ya antes del siglo XVIII se habían inventado máquinas de vapor en otros países, pero no pasaron de ser meras curiosidades. Los chinos tenían varios sistemas propulsados por máquinas de vapor, pero en ellos el motor funcionaba a modo de fuelle y la rueda hacía girar el pistón, en vez de ser el pistón el que hacía girar la rueda, como en el diseño de Watt. También los chinos empleaban carbón en la producción de hierro; en 1080, la producción de este metal era superior a la de la Europa de 1700 (sin contar Rusia). Pero ocurrió que el norte de China, donde se encontraban los yacimientos de carbón, fue invadido por los mongoles, y sufrió una guerra civil, inundaciones y la peste. Entonces los habitantes de esta zona comenzaron a emigrar al sur, y, cuando se restableció la producción de hierro, se reemplazó el carbón mineral por vegetal.⁹

En el siglo XVIII, el único gran exportador de tejidos de algodón era la India. En 1721, los comerciantes ricos de Inglaterra prohibieron, con una ley parlamentaria, la importación de tejidos indios con el fin de aumentar sus propios ingresos provenientes de la producción textil local. Obtenían el algo-

dón crudo, producido por los esclavos, de las colonias de América, lo transportaban a las zonas rurales de Inglaterra, donde familias enteras de artesanos fabricaban, con instrumentos manuales, como la rueca y el telar, los tejidos que luego eran comercializados. Los hiladores y tejedores trabajaban en su casa, o en pequeños grupos a modo de protofactorías.

En 1764, una asociación londinense ofreció un premio a la mejor propuesta de perfeccionamiento del proceso de hilado. James Hargreaves fue declarado ganador con su diseño *spinning jenny*, consistente en un bastidor de madera con ocho carretes engranados entre sí, que hacían posible la producción de ocho hilos a la vez, o de cien hilos cuando el mecanismo era accionado por una máquina de vapor. A comienzos del siglo XIX, se había inventado un telar accionado por una máquina de vapor en Inglaterra, y en Georgia (Estados Unidos), la desmotadora, que aumentó la producción de algodón. En 1860, la India ya no podía competir con Gran Bretaña en la producción de tejidos de algodón.

El proceso de industrialización en Inglaterra requirió muchos cambios simultáneos. Fueron necesarios los inventos, tal y como se ha mencionado. Las colonias americanas proporcionaban materia prima y mercados; los canales y las carreteras, un sistema primario de transportes. La aparición, más adelante, de los barcos de vapor y el ferrocarril incrementaron la rapidez de los medios de transporte. En el siglo XVIII, y a comienzos del XIX, habían empezado a evolucionar los sistemas de financiación para apoyar la acumulación de capital. Fue necesario cambiar de actitud ante la usura. Por último, el aumento de la producción agrícola llevó a trabajadores del campo a las fábricas.

Los ganaderos y los agricultores ingleses consiguieron aumentar notablemente la producción gracias a la cría selectiva de ovejas, a la sustitución de la siembra al azar por la siem-

bra en hileras, al empleo de barrenas tiradas por caballos y a la introducción de la rotación cuatrienal (nabos, cebada, trébol, trigo), que no requería dejar los campos en barbecho. Los ganaderos ya no se veían obligados a sacrificar el ganado en otoño porque podían alimentarlo con nabos todo el invierno, lo cual les permitía obtener leche y mantequilla todo el año. Pero, para que estos cambios fueran eficaces, hubo que aplicarlos a campos de cultivo más extensos: los agricultores más ricos exigieron el cierre de tierras comunales donde los agricultores pobres llevaban sus animales a pastar. El momento culminante de este proceso de cierre de pastos se produjo en las últimas décadas del siglo XVIII y en las primeras del XIX, cuando los pequeños agricultores se convirtieron en jornaleros o abandonaron del todo la agricultura y migraron a las ciudades. A pesar de que la producción de alimentos aumentó, también lo hizo la población, por lo que, a mediados del siglo XIX, Inglaterra se veía obligada a cambiar productos manufacturados por alimentos. La última vez que Inglaterra tuvo excedente de trigo destinado a la exportación fue en el año 1792.¹⁰

Todos estos cambios fueron muy duros, cuando no catastróficos, para los pobres de Inglaterra. Miles de tejedores se vieron en la calle al verse sustituidos por los telares mecánicos. Entre 1760 y 1815, bajaron los salarios. Los historiadores no se ponen de acuerdo en si la situación de los pobres empeoró o no y, si lo hizo, hasta qué punto. Algunos dicen que dos generaciones fueron sacrificadas para crear la base industrial de Gran Bretaña, pero la mayoría coincide en que después de 1850, una vez el proceso de industrialización hubo llegado a una etapa de madurez, el pueblo en general participaba del éxito internacional de su país. Mientras tanto, se produjo una migración masiva: entre 1815 y 1914, veinte millones de británicos abandonaron su isla natal. En 1900, la población ascen-

día a 41 millones de habitantes, en vez de los 70 que habría alcanzado de no haberse producido el éxodo.¹¹

No es una coincidencia que, durante el proceso de industrialización, el tabaco, el cacao, el té y el café se convirtieran en elementos habituales en la vida diaria. En 1565 se cultivaba en Inglaterra tabaco proveniente de América, el café llegó a Londres en 1651, el chocolate en 1657, y el té en 1660. Todos causaban adicción, eran fáciles de preparar y consumir, y proporcionaban pequeñas explosiones de energía: eran idóneas para las largas jornadas que transcurrían fuera de casa. Añadir azúcar a las bebidas evitaba que la escasa cantidad de proteínas que consumían los pobres se quemase en la obtención de energía. Un acre de cultivo de azúcar tropical producía la misma cantidad de calorías que cuatro acres de cultivo de patatas o que entre nueve y doce acres de cultivo de trigo. En 1900, la importación de azúcar se había multiplicado por once respecto al año 1815, y la obtención media de calorías provenientes del azúcar de los británicos era de entre un 15 y un 25 por ciento del total.¹²

Como el proceso de industrialización sacó el trabajo del ámbito familiar, afectó mucho a las mujeres y a los niños. Se convirtieron en mano de obra flexible, que accedía al mercado laboral cuando era necesario suplir a los hombres, encargarse de trabajos que éstos no querían hacer, o de labores nimias o que apenas requerían formación. Así fue como la desigualdad pasó a formar parte intrínseca del proceso. Sin embargo, no todos los niños corrieron la misma suerte: algunos fueron eximidos del monótono trabajo productivo para dedicarse a los estudios, y algunas mujeres que trabajaban en el servicio doméstico en la ciudad y en el sector servicios (diferentes del servicio doméstico) vivían mejor que los jornaleros varones que trabajaban en la agricultura.¹³

¿Por qué la industrialización comenzó en Inglaterra preci-

samente en aquel momento de la historia? Los historiadores han ofrecido varias respuestas a esta pregunta, de las cuales la más concisa podría ser que se dio una combinación de factores únicos: la situación marítima, la roza y tala excesiva de bosques, la existencia de yacimientos de carbón, las consecuencias sociales y políticas de la Revolución gloriosa, el desarrollo comercial y agrícola basado en las tierras y riquezas de América, las redes de transporte, la tecnología para fabricar herramientas, el crecimiento demográfico, la imprenta, así como la libertad y el incentivo para innovar.

Después de 1815, el proceso de industrialización arrancaría en otros lugares de Europa, así como en Estados Unidos. Bélgica y Suiza se industrializaron pronto: tenían yacimientos de carbón. Alemania contaba con la región del Ruhr, también rica en carbón, y en la década de 1880 su industria superó a la de Gran Bretaña. Francia no tenía suficiente carbón para ir en cabeza del proceso de industrialización, y tuvo que empezar a importarlo a partir de 1848. Estados Unidos fue pionero en gestión industrial y el primer país en emplear partes intercambiables en la producción de armas. En 1890, su industria tomó la delantera a Alemania, convirtiéndose en líder mundial. Los únicos países no occidentales que comenzaron a industrializarse antes de 1900 fueron Rusia y Japón. En Rusia, el proceso se inició en la década de 1860; en 1910, la estructura de su industria pesada era la cuarta o quinta del mundo y en 1950 ya estaba plenamente desarrollada. Japón también empezó a industrializarse en la década de 1860 y en 1914 se había convertido en una potencia militar e industrial de primer orden. Las grandes potencias del siglo xx fueron aquellos países que habían conseguido industrializarse en el xix: Gran Bretaña, Alemania, Rusia, los Estados Unidos y Japón.¹⁴

Con el aprovechamiento del carbón como fuente de energía, que hizo menos necesaria la mano de obra, la esclavitud y la

mano de obra forzada se volvieron progresivamente menos atractivas y menos económicas. Fue precisamente en el apogeo de la esclavitud y de la servidumbre cuando estas dos antiguas tradiciones fueron rápidamente abolidas en casi todo el mundo.

El momento culminante de la esclavitud y la servidumbre se dio en la primera mitad del siglo XIX. Entre 1800 y 1860, el número de esclavos destinados a la producción de algodón en el sur de Estados Unidos se había multiplicado por cinco. La esclavitud se expandió por el Caribe y Brasil gracias al aumento de la producción de azúcar. En el sureste de Asia, los esclavos trabajaban en las plantaciones de azúcar y de varios tipos de pimienta. En Rusia millones de siervos cultivaban trigo; en Egipto constituían el ejército y cultivaban algodón, y en el norte de África se multiplicaron sobre todo en la producción de aceite de palma, que era utilizado como lubricante industrial.

Los movimientos a favor de la abolición de la esclavitud empezaron con los cuáqueros en Inglaterra, y con los filósofos ilustrados en Francia, a finales del siglo XVIII. La imprenta y los viajes pusieron estas ideas en circulación por el mundo. La venta de esclavos se prohibió en Inglaterra en 1807 y en Francia entre 1808 y 1830. Chile y México abolieron la esclavitud en la década de 1820; Inglaterra lo hizo en 1833, seguida por otros países atlánticos: Estados Unidos en 1865, España en 1886, Brasil en 1888. En 1861, Rusia abolió a los siervos privados, que tuvieron que trabajar al menos nueve años más para adquirir la propiedad comunal de sus tierras. Los siervos estatales fueron liberados en 1866. Los otomanos cedieron ante la presión de Europa y prohibieron el comercio de esclavos, pero no la esclavitud en sí misma ya que ésta estaba reconocida en la ley islámica. En África, el comercio cesó en 1914 y la esclavitud se abolió en el primer tercio del siglo XX. En general, la abolición de la esclavitud y la servidumbre fue una liberación

histórica de la humanidad: tan sólo en Rusia 50 millones de siervos obtuvieron su libertad. El uso de combustibles fósiles explica en parte la desaparición, aunque no total, sí oficial de la esclavitud.¹⁵

Los inventos en el campo del transporte y de las comunicaciones siguieron transformando el comercio mundial. En 1801, Estados Unidos y Escocia fabricaron los primeros barcos de vapor; hacia 1860 ya dejaban atrás a los veleros en alta mar. En 1650 se tardaba un año en viajar de Holanda a Java; en 1850, tres meses; en 1920, tres semanas. Entre 1850 y 1910, el transporte marítimo mundial se había multiplicado por cuatro.

En 1830, Gran Bretaña terminó de construir la primera red pública de ferrocarriles del mundo pero, ya en 1845, Estados Unidos tenía el doble de vías, y en 1914 la mitad de las vías de ferrocarril existentes en todo el mundo. En 1844, se enviaron los primeros telegramas entre Baltimore y Washington. En 1866, se instaló una línea telegráfica transatlántica, y en 1870 otra que unía Gran Bretaña con la India redujo el tiempo de transmisión de mensajes de ocho meses a cinco horas. En 1902, los británicos tenían cables instalados por todo el mundo. En 1860, se podían enviar telegráficamente diez palabras por minuto en código Morse; número que aumentaría a 400 sesenta años más tarde. En 1890 comenzó el proceso de instalación de electricidad por todo el mundo.¹⁶

A finales del siglo XIX apareció otro invento que estaba destinado a transformar el mundo: el uso del petróleo, un combustible fósil que, como el carbón, había quedado enterrado hacía millones de años y que iba a alimentar los motores de explosión interna. En 1850, el escocés James Young descubrió cómo se podía refinar el petróleo crudo, y Edwin Drake demostraría en 1859, en Pensilvania, que se podía obtener petróleo perforando la roca a gran profundidad. En la década

de 1880, los alemanes empezaron a desarrollar motores de petróleo. La producción mundial de petróleo aumentó de cero, en 1800, a 20 millones de toneladas en 1900; llegaría a los 3.000 millones de toneladas en 1990, fecha en que los habitantes de Estados Unidos (un 4 por ciento de la población mundial) consumían el 25 por ciento de la producción total. El petróleo se convertiría en un producto de capital importancia, quizá en el más importante de la historia del siglo xx.¹⁷

El imperialismo y las Guerras Mundiales, 1850-1945

En 1870, Europa controlaba el 70 por ciento del comercio mundial; en 1914, ocupaba o dominaba el 80 por ciento de la superficie de la Tierra. En 1900, China representaba tan sólo un 6 por ciento de la producción mundial, cifra que había caído del 33 por ciento que tenía en 1800; y la India un 2 por ciento solamente, porcentaje que también había descendido desde el 25 por ciento de 1800. África quedó dividida entre las potencias europeas.¹⁸

Este período estuvo caracterizado en Europa y Estados Unidos por el auge del pensamiento y la política racista. El racismo existe «cuando un colectivo étnico o histórico domina, excluye o trata de eliminar a otro en función de diferencias que cree hereditarias e inalterables», mientras al mismo tiempo dice creer en la igualdad de los hombres.¹⁹ El racismo parece ser principalmente un producto europeo y estadounidense, si no exclusivamente. Su lógica llegó a su máximo apogeo e implantación en tres sociedades del siglo xx: la del sur de Estados Unidos contra los afroamericanos (décadas 1890-1950), la de Sudáfrica elaborada por los colonos contra los africanos (décadas 1910-1980) y la de la Alemania de Hitler contra los judíos (1933-1945).

A mediados del siglo xix, muchos europeos y estadounidenses consideraban que el dominio mundial de sus países

sobre el resto del mundo era una prueba de una superioridad biológica innata más que el resultado de una serie de ventajas culturales, tecnológicas o geográficas. Francia, Gran Bretaña, Alemania, Portugal, Bélgica y los Estados Unidos justificaron esta ideología racial con la adquisición de nuevos territorios coloniales.

La superioridad militar permitiría a las potencias industriales repartirse gran parte del mundo en las décadas previas a 1914. Después de la década de 1840, el desequilibrio en armamento y sistemas de comunicación entre las potencias industriales y el resto del mundo era patente. A finales del siglo xix, la desigualdad se hizo aún mayor a raíz de la invención del rifle de repetición (fusil Winchester), la ametralladora y los avances de la medicina en el diagnóstico y control de las enfermedades. Los países industrializados podían adquirir colonias con acciones militares rápidas y poco costosas, y eso precisamente fue lo que hicieron.

Gran Bretaña se llevó la mejor y mayor parte en el reparto de colonias. En 1914, su Imperio se extendía por todo el mundo, y había llegado a ser el más grande de toda la historia de la humanidad. (El Imperio mongol había sido el más extenso en cuanto a territorio continuo.) La India, la colonia más rica e importante de Gran Bretaña, pasó a ser posesión suya progresivamente entre 1750 y 1860, después de que se iniciara el declive del Imperio mogol en 1710. Gran Bretaña se hizo también con el control de Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Egipto, además de aproximadamente el 60 por ciento de la población africana a finales del siglo xix.

En las últimas décadas del siglo xix, el orden social africano estaba más arraigado que nunca en la esclavitud, lo cual despejó el camino para las potencias industriales que colonizaron todo el continente a excepción de Liberia y Etiopía (Fig 12.2). Entre 1880 y 1920, la población de África central, que anterior-

mente apenas había tenido contacto con el resto del mundo, descendió quizá una cuarta parte. Bien avanzado el siglo xx gracias al acceso a los adelantos de la medicina, África experimentó el crecimiento demográfico más rápido que el mundo haya visto jamás.²⁰



12.2 África en 1914

China, por su parte, nunca fue una colonia: la dinastía Qing gobernó hasta 1911-1912. Pero su situación llegó a ser quizá incluso peor que la de una colonia. Basta recordar que Gran Bretaña y Estados Unidos transportaban opio de contrabando de la India a China, lo que condujo a la mayor guerra civil de la historia: la rebelión de Taiping, que duró de 1850 a 1864 y que se saldó con la vida de entre 20 y 30 millones de chinos.

En 1898, Estados Unidos emprendió una guerra contra España con el objetivo de hacerse con el control de Puerto Rico y Filipinas. Rusia se extendió hasta el Cáucaso, mientras que Japón arrebató a China el control de Formosa (Taiwán) y Corea, adquirió concesiones sobre Manchuria y se apoderó de la mitad de la isla de Sajalín, sustrayéndola al dominio ruso.

El cambio climático acaecido a finales del siglo XIX contribuyó a las ambiciones de los países imperiales. Las esperadas lluvias monzónicas faltaron a su cita anual en un período de entre tres y seis años (la primera falta se registró entre 1876 y 1879). La carencia de lluvia originó sequías y hambrunas en todos los países tropicales y en el norte de China se cobró entre 30 y 50 millones de vidas e influyó en el bajo grado de industrialización de estas regiones. África seguiría siendo propensa a la sequía en el siglo XX.²¹

Sin embargo, la hegemonía mundial conquistada por los europeos no duraría mucho. Se quebró en el siglo XX a raíz del enfrentamiento entre las potencias europeas y de la competencia entre las dos potencias industriales no occidentales, Japón y Rusia, con Europa y Estados Unidos por la adquisición de nuevos territorios y recursos.

El final del imperialismo europeo comenzó con la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1918. Su causa fue el surgimiento de Alemania como gran potencia y su competencia con otras naciones europeas por la adquisición de colonias en una época de marcado nacionalismo. La alianza entre Gran Bretaña

ña, Francia, Rusia, Serbia y finalmente Estados Unidos derrotó por poco margen a Alemania, a la monarquía austrohúngara y al Imperio otomano. Los tratados de paz infligieron ligeras pérdidas territoriales e impusieron graves indemnizaciones a Alemania por haber causado la guerra. En 1920, los vencedores fundaron el organismo internacional de la Liga de las Naciones, con sede en Ginebra, Suiza, con el objetivo de frenar y prevenir futuros conflictos. Bajo su sistema de protectorado, las colonias africanas de Alemania pasaron a manos de varias naciones vencedoras en el conflicto; partes del Imperio otomano fueron entregadas a los países vencedores, entre ellas, Palestina a Gran Bretaña. Lo que quedaba de aquel Imperio se desmoronó durante la revolución que estalló en 1919 y finalizó en 1923, y que tuvo como resultado el nacimiento de una Turquía laica y la abolición del califato islámico. El mundo musulmán quedaba así sin un centro religioso o político. La monarquía rusa cayó en la Revolución de 1917 y el gobierno italiano se colapsó entre 1919 y 1927, lo cual dio origen a la dictadura de Benito Mussolini (1883-1945). Cuando las tropas regresaron a sus países después de la Primera Guerra Mundial, la gripe se extendió por todo el mundo, cobrándose alrededor de 40 millones de vidas, muchas más de las que habían caído durante la guerra. Después de la participación decisiva de las mujeres en la guerra, algunas democracias empezaron a otorgarles el derecho al voto.

Al término de esta terrible guerra, las naciones se retiraron del comercio mundial e intentaron establecer formas de economía de autosuficiencia. A raíz del derrumbamiento del mercado de valores de Estados Unidos en 1929, los bancos que habían otorgado préstamos a escala mundial se arruinaron, lo cual originó una depresión económica también a escala mundial. Los gobiernos reaccionaron subiendo los aranceles e intentando minimizar sus importaciones pero con estas medidas sólo se

logró empeorar la situación. En 1932, la economía mundial había disminuido en un 20 por ciento y el comercio en un 25.²²

Dado que la Segunda Guerra Mundial estalló tan sólo veinte años después de la Primera, muchos historiadores consideran que una fue continuación de la otra. El nacionalismo estaba en ascenso, las ambiciones políticas de Mussolini en Italia, de Adolf Hitler en Alemania y de los imperialistas en Japón, condujeron a hostilidades que volverían a encender la mecha de la guerra. Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Estados Unidos se aliaron una vez más y derrotaron a las potencias del Eje (Alemania, Italia y Japón) en mayo de 1945 en Europa y en septiembre del mismo año en Japón. La guerra se cobró 60 millones de vidas, es decir, aproximadamente un 3 por ciento de la población mundial de 1940. De estos 60 millones, 6 millones fueron judíos de Alemania y los Estados ocupados por ésta que Hitler y sus seguidores exterminaron en masa. 25 millones fueron soldados y civiles de la Unión Soviética, el país que más bajas registró. Más de 100.000 personas perecieron en dos ciudades japonesas –Hiroshima y Nagasaki– por efecto de las bombas atómicas fabricadas con energía nuclear y lanzadas por pilotos estadounidenses con el objetivo de conseguir una pronta rendición de Japón.

Las masacres y revoluciones del siglo xx dejaron una profunda huella en la moral de las personas; antes de 1914, muchos habían creído que el mundo industrial era demasiado evolucionado para permitirse matanzas como las que se habían perpetrado en otras épocas de la historia. A pesar de lo horribles que fueron, éstas afectaron poco a la población global. Si sumamos guerras, genocidios, hambrunas causadas por el hombre y campañas de terror de Estado, el resultado es de aproximadamente entre 180 y 190 millones de muertos, es decir, tan sólo un 4 por ciento de todas las muertes acaecidas a lo largo del siglo.²³

Liderazgo de los Estados Unidos, 1945-2000

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la capacidad de las potencias industriales había quedado muy mermada, a excepción de Estados Unidos, que a partir de aquel momento dirigiría el proceso de paz y dominaría la economía mundial. Durante un breve período después de la guerra, Estados Unidos detentó el monopolio de las armas nucleares y manejó la mitad de toda la capacidad productiva industrial del mundo. En el período de posguerra, se vio la necesidad de financiar la restauración de la economía europea y supervisar la reconstrucción de Japón, teniendo en cuenta lo ocurrido en Alemania tras la Primera Guerra Mundial y también como reacción a la inquietud que inspiraban el poder soviético y el comunismo. La segunda mitad del siglo registró una gran prosperidad en la producción industrial de todo el mundo.

El gran progreso del siglo xx en el campo de la energía se debe al aprendizaje del uso del petróleo como fuente de energía. Estados Unidos fue el primero en basar su economía en este uso, lo cual revolucionó los medios de transporte, ya que los coches y los aviones no podían ser propulsados con carbón. En 1912, Henry Ford desarrolló la primera línea de montaje en serie para la fabricación de automóviles. Tenía que pagar a sus empleados un salario doble por un trabajo tan monótono, pero éstos, con el sueldo de dos meses, podían comprarse un Ford modelo-T. En la década de 1920, los coches, los teléfonos y las radios se extendieron por todo Estados Unidos.

Bajo su liderazgo, el mundo volvió a globalizarse entre 1950 y 2000. En 1944 se sentaron las bases de la globalización económica cuando cuarenta y cinco naciones crearon el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. La voluntad desesperada de evitar otra guerra devastadora condujo a los países vencedores a fundar las Naciones Unidas, con sede en la ciudad de Nueva York, que tomó el relevo de la Sociedad de

Naciones, aunque con mayor eficacia. En 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó, bajo la presidencia de Eleanor Roosevelt, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, un documento que recogía los derechos de toda la humanidad, todo un hito en la historia. Dos años después la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, Ciencia y Cultura (UNESCO) emitía una declaración elaborada por científicos de primer orden que despojaba de toda base científica al concepto de raza.

Sin embargo, la carrera por la supremacía económica no concluiría al término de la Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética se convertiría en el adversario más próximo de Estados Unidos: la rivalidad económica y política entre ambos países desembocó en la llamada Guerra Fría, que llegó a su punto álgido con la fabricación de la bomba atómica en la Unión Soviética, y con la victoria de los comunistas en China, acontecimientos ambos del año 1949.

La desconfianza entre la Unión Soviética y los países industriales occidentales se remontaba a la caída de la monarquía rusa en 1917, ese año, después de un breve período de gobierno de corte europeo, los ciudadanos rusos eligieron al Partido Bolchevique para materializar una revolución comunista. Los dirigentes de la Unión Soviética (compuesta por quince repúblicas) nacionalizaron la industria y la agricultura y proporcionaron a sus ciudadanos vivienda, atención sanitaria y educación. Guiados por la ideología marxista, tenían la convicción de que las democracias capitalistas estaban destinadas a sucumbir para convertirse en estados comunistas después de violentas guerras de clases. (La palabra «capitalista» se hizo usual en el siglo xx como contraposición a los términos «socialista» o «comunista».)

Las ideas de Marx encontraron muchos partidarios en las democracias occidentales pues algunos buscaban una forma

de reducir la desigualdad entre trabajadores y empresarios. Sin embargo, el sistema comunista no fue capaz de competir en los ámbitos económico, militar o agrícola; a finales de 1970 la Unión Soviética ya no podía alimentar ni a su propia población, y en la década de 1980 la caída del precio del crudo minó las finanzas del Estado. Los líderes del partido empezaron a anhelar los beneficios materiales del capitalismo. En 1991, la Unión Soviética se disolvió: las catorce repúblicas restantes obtuvieron su independencia de Rusia sin oposición del presidente Mijaíl Gorbachov.

Las guerras mundiales del siglo xx no sólo detuvieron la expansión de Europa, sino que además disolvieron sus antiguos imperios. Tras la Primera Guerra Mundial, el Imperio austrohúngaro se desmembró en cuatro nuevas naciones: Hungría, Polonia, Checoslovaquia y Austria, a la vez que Irlanda conseguía independizarse de Gran Bretaña. Durante y después de la Segunda Guerra Mundial, la mayoría de las colonias del mundo conquistaron su independencia. En la década de 1990, el número de Estados independientes era aproximadamente el triple que seis años antes.

En la década de 1950, algunos países europeos crearon la Comunidad Económica Europea bajo la dirección de los antiguos rivales Francia y Alemania, con el objetivo de brindarse apoyo mutuo y evitar un dominio estadounidense o soviético sobre Europa. Esto condujo, en la década de 1990, a la semiunificación de Europa (¡después de tantos años!) la Unión Europea adoptó la moneda única, así como una política común en los ámbitos económico, agrícola y de inmigración.

Tras la Segunda Guerra Mundial la situación de Palestina se volvió muy problemática. Durante la Primera, los diplomáticos franceses e ingleses habían prometido el territorio palestino tanto a los judíos como a los árabes si éstos ofrecían su apoyo. Al terminar el conflicto, la Sociedad de Naciones encomendó

Palestina a Gran Bretaña con estatus de territorio bajo mandato. Gran Bretaña había permitido la entrada de inmigrantes judíos en Palestina antes de la Segunda Guerra Mundial, y después de ésta la inmigración adquirió una gran envergadura. Las agitaciones a favor de la creación de un Estado judío y el apoyo de Estados Unidos llevaron a Gran Bretaña a aceptar a regañadientes la creación del Estado de Israel en 1947, y en 1948, según lo estipulado por Naciones Unidas. Muchos palestinos huyeron después de que algunos de sus paisanos fueran asesinados; los países árabes vecinos atacaron a Israel, pero éste los derrotó. Entre 1948 y 2005, se libraron cuatro guerras. Debido a la importancia del petróleo procedente de Arabia Saudita e Irán para Estados Unidos y sus aliados, Estados Unidos ha venido brindando su apoyo a gobernantes impopulares en los Estados árabes que son clientes suyos, así como una gran ayuda militar y financiera a Israel. Israel no reconoce haber fabricado bombas atómicas, aunque se tiene certeza de lo contrario, en esta prolongada situación de precario equilibrio de fuerzas.

La ciencia avanzó a pasos de gigante en la segunda mitad del siglo xx. La aparición masiva de los antibióticos, desarrollados durante la Segunda Guerra Mundial, y de otros medicamentos descubiertos después por los científicos, salvó muchas vidas. En 1987, Japón alcanzó una esperanza de vida de setenta y ocho años, la mayor del mundo. En 1957, los rusos pusieron el primer satélite artificial (el Sputnik) en órbita alrededor de la Tierra. En 1969, astronautas estadounidenses pisaron la Luna, y en 1977 se lanzó la nave espacial *Voyager I*, que atravesó el límite exterior de nuestro sistema solar. En 1950, los científicos estadounidenses descifraron el código genético contenido en las moléculas de ADN, lo que les permitió demostrar la aleatoriedad de la mutación genética y remachar así la teoría evolucionista de Darwin. En la década

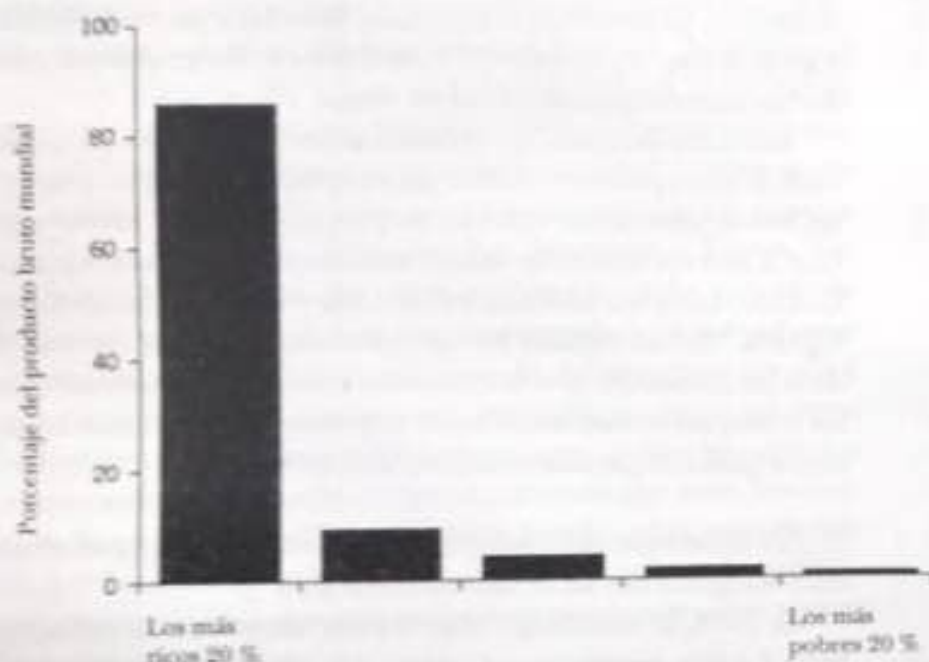
de 1960, los cosmólogos descubrieron pruebas sólidas de la teoría del big bang, según la cual el universo se creó a partir de una única explosión que no duró más que un instante. En la década de 1940, los químicos fabricaron plásticos a partir de residuos de petróleo. Entre 1960 y 1980, la producción agrícola se duplicó o cuadruplicó gracias a las nuevas variedades de trigo, arroz y maíz.

El creciente poder y prestigio de la ciencia no condujo al debilitamiento de las religiones. A pesar de que los puntos de vista laicos cobraron importancia en Europa y Estados Unidos, tanto el cristianismo como el islamismo se habían expandido durante el período colonial y se convirtieron en las religiones con mayor número de adeptos a finales del siglo xx. Surgieron religiones que subrayaban la unidad inherente a todos los credos y la similitud de los mensajes de éstos, como fueron el movimiento Ramakrishna en la India, dirigido por el apóstol Vivekananda (1863-1902), y la fe bahai, una rama del islamismo chiíta persa que adoptó el inglés como lengua principal. A finales del siglo xx, y en un ambiente de temor y ansiedad, las ramas fundamentalistas de las religiones cobraron vigor. Se ha estimado que en 2002 había 10.000 religiones diferentes, de las que aproximadamente ciento cincuenta tenían al menos un millón de adeptos. Si representáramos la distribución de las religiones en el mundo con un grupo de diez personas, tres de ellas serían cristianas, dos musulmanas, dos ateos o agnósticos, uno hinduista, uno budista y uno representaría las religiones restantes.²⁴

En la segunda mitad del siglo xx, el crecimiento de la economía mundial se multiplicó espectacularmente por seis. Esto puede parecerles normal a quienes han vivido sólo en esta época, pero semejante crecimiento no tiene precedentes en la historia de la humanidad, y ha sido posible gracias al progreso de la ciencia y tecnología, como se ha señalado ya, al creci-

miento demográfico y a un mayor consumo de energía. La población mundial ascendió de 2.500 millones en 1950 a 6.100 millones en el año 2000. La producción de petróleo se disparó seis veces entre 1950 y 1973. En la década de 1990, el ciudadano medio consumía una cantidad de energía equivalente a la producida por veinte esclavos, si bien es obvio que esta cifra camufla la desigual distribución de energía en el mundo. El consumo del ciudadano medio estadounidense superaba al equivalente producido por setenta y cinco esclavos, mientras que el de uno de Bangladesh no llegaba ni a la unidad. De todas formas, entre 1950 y 1975, la desigualdad entre las regiones más ricas y más pobres del mundo, así como entre los ciudadanos ricos y pobres de las sociedades industriales, disminuyó. La antigua brecha que había separado a ricos y pobres en todas las sociedades urbanas de la historia se hizo más estrecha en este período de veinticinco años.²⁵

Sin embargo, a partir de la década de 1970, la brecha entre las regiones y las personas más ricas y más pobres ha comenzado a ampliarse. Después de la década de 1980, el 10 por ciento más rico se enriqueció mucho, mientras que el 10 por ciento más pobre era ligeramente más pobre. En el año 2000, los ingresos per cápita de las seis naciones que abarcaban casi la mitad de la población mundial, apenas podían reflejarse en un gráfico que representara también los ingresos de las naciones más ricas del mundo. En 1985, las democracias independientes que constituyen una sexta parte de la población mundial disfrutaban de cinco sextas partes de toda la riqueza del mundo. En 2000, el 20 por ciento más rico del mundo controlaba más del 80 por ciento del producto bruto mundial (Figura 12.3).²⁶



12.3 Desigualdades globales

(Fuente: Donella Meadows, Jorgen Randers y Dennis Meadows, *Limits to Growth: The 30-Year Update*, Chelsea Green Publishing, White River Junction, 2004, p. 43.)

Desigualdades mundiales

A finales del siglo xx, gran parte de la riqueza mundial ya no era regulada ni controlada por los gobiernos nacionales, sino que estaba en manos de empresas multinacionales que, en cierta forma, escapaban al control de los gobiernos, y que eran más ricas que muchas naciones del mundo. Nadie sabe lo que este fenómeno puede suponer en un futuro.²⁷

En esta situación aparecieron los ordenadores personales y las redes informáticas, invento que podemos equiparar en importancia a la imprenta. Los ordenadores se usaron por primera vez en la Segunda Guerra Mundial para descifrar códigos;

en la década de 1990, el uso de ordenadores en red se multiplicó. En el año 2000, había cientos de millones de ordenadores en el mundo, unos 1.600 millones de páginas web para escoger, de las cuales un 78 por ciento eran en inglés. Los ordenadores mejoraron la educación, debilitaron el poder del Estado, al menos temporalmente, y aumentaron el grado de comunicación entre las empresas multinacionales, las instituciones académicas, los grupos de presión y los terroristas, a la vez que ampliaban las posibilidades de los piratas informáticos para causar estragos en el sistema.

Aunque en el mundo hay más de mil millones de personas que viven sin electricidad, por las televisiones de los bares o por la radio se enteran de todo lo que otras personas tienen y a ellas les falta. Todas estas desigualdades en un mundo en que los rápidos medios de comunicación permiten a la gente tomar conciencia de sus propias desventajas generan una situación explosiva, cuyo desenlace es imposible predecir.

Puede decirse, en lo esencial, que los hechos capitales del siglo xx son que la población humana se ha cuadruplicado, la economía mundial se ha multiplicado por catorce, la renta per cápita casi se ha cuadruplicado también, y el consumo de energía se ha multiplicado por dieciséis. Semejante grado de expansión no se había registrado nunca, y constituye un acontecimiento sin precedentes en la historia de la humanidad y de la Tierra.²⁸

Interrogantes sin respuesta

1. ¿Qué significan «capital» y «capitalismo»?

Son dos términos cargados de significado que han sido objeto de numerosos debates. Yo he procurado evitar usarlos en buena medida, y sólo puedo sugerir algunos posibles matices.

Originariamente, «capital» significaba dinero pero, alrede-

dor de 1770 el economista francés Robert Jacques Turgot incorporó a su significado la idea de «control del trabajo». En el siglo XIX, Karl Marx empleaba el término «capitalista» para referirse a los que controlaban los medios de producción. Hoy en día se habla de capital fijo haciendo referencia a las carreteras, puentes, canales, barcos, herramientas y máquinas, y de capital variable o circulante para referirse a la materia prima, el dinero, los salarios y la mano de obra.

El término «capitalismo» no se hizo corriente hasta el siglo XX, como contraposición a «socialismo» y «comunismo». Fernand Braudel, un conocido historiador del capitalismo, considera que el término no refleja sólo un sistema económico o de libre mercado, sino un orden social sustentado culturalmente y por las clases dominantes, que son factores tan importantes para su sostenimiento como la política de los gobiernos. Según Braudel, a largo plazo el capitalismo comprende la construcción de ciudades y el surgimiento del comercio, la aparición del mercado laboral, el aumento de la densidad demográfica, el uso del dinero, el incremento de la producción y el mercado internacional.²⁹

Yo considero que el capitalismo, el socialismo y el comunismo son variaciones de la industrialización. En el capitalismo la industrialización la lleva a cabo el sector privado, mientras que en el comunismo la realiza el sector público, y en el socialismo es una mezcla de ambos.

2. ¿Es positiva la industrialización?

La historia se escribe a menudo dando por sentado que la industrialización es la meta hacia la que todos nos dirigimos, «la marcha hacia la modernidad», por decirlo en palabras de Alan K. Smith³⁰.

La industrialización parece haber sido un fenómeno imparale en aquellos lugares donde se daban las condiciones, ya

que conllevaba riqueza, sistemas sanitarios, educación, viajes, estímulos, placeres y retos de todo tipo. Muy pocos individuos y grupos han rechazado los beneficios de dicho sistema, cuando han tenido la posibilidad de elegir.

En cualquier caso, la industrialización puede resultar insostenible si no se poseen colonias para explotar. Actualmente los países industriales tienen dificultades para mantener su nivel de vida. Con la incorporación de nuevas naciones al proceso de industrialización, cada vez son más escasos los recursos necesarios para lograrla. ¿Serán capaces las naciones industriales de dar marcha atrás paulatinamente y/o encontrar recursos alternativos? Quizá los países no industrializados se encuentren en el futuro en una mejor posición para afrontar los retos del siglo XXI.

3. ¿Ha desempeñado la cultura protestante un papel crucial en el surgimiento de la industrialización?

En 1904, el sociólogo Max Weber afirmó en su influyente libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* que los protestantes tenían valores y convicciones —la dedicación al trabajo, el ahorro y la racionalidad— que les convertía en capitalistas de hecho. Por ejemplo, la convicción de que el éxito económico era una prueba de que Dios los había elegido para la salvación, les motivaba a entregarse al trabajo. Muchos protestantes opinaban que la riqueza no debía emplearse para vivir de manera ostentosa, sino para el bien común. Weber fundamentó su idea en un estudio en una zona de Alemania que revelaba que los protestantes eran más ricos y participaban más en la actividad económica que los católicos. Esta tesis parecía ajustarse a los hechos, es decir, a la correlación existente entre los países protestantes y las regiones donde el capitalismo había florecido por primera vez (Holanda y Gran Bretaña) y la tendencia de la Iglesia católica a perpetuar sociedades tradicionales.

En el siglo transcurrido desde su publicación, el clásico de

Weber ha sido tan concienzudamente discutido en los círculos académicos que la polémica ha recibido el nombre de «Guerra de los Cien Años del mundo académico»²¹. A finales del siglo xx, el curso de la historia parecía refutar la teoría de Weber. Rusia y Japón, con sus diferentes creencias religiosas, lograron industrializar sus sociedades pronto y, después de mediados de siglo, lo consiguieron también varios «tigres asiáticos», entre ellos, Corea del Sur, Singapur y Taiwán. Sin embargo, el hecho de que algunos países se hayan industrializado con más lentitud, si es que han llegado a industrializarse alguna vez, ha dado pie a toda clase de debates entre los teóricos en torno a si las razones son geográficas, estructurales o culturales, y hasta qué punto. Puede que Weber identificara correctamente el impulso original para trabajar, pero la transición de otros países en esa dirección puede haber sido motivada por las recompensas que prometía la propia industrialización, recompensas que aún no podían conocerse en el primer experimento europeo.

Los historiadores no suelen tratar de describir el presente; dejan esa tarea a los sociólogos, politólogos y políticos. Sin embargo, como hasta ahora no me he limitado a hacer lo que suelen hacer los historiadores, y analizar el presente para planificar el futuro es parte inherente de la capacidad humana y la responsabilidad del ser humano, esto es lo que voy a hacer.

Algunas cifras globales

En el año 2000 había 6.100 millones de habitantes en la Tierra, una cifra que representa entre el 6 y el 12 por ciento de los 50-100.000 millones de personas que se calcula que han pasado por este planeta. Teniendo en cuenta muchos indicadores mensurables, quienes habitamos hoy el planeta *gorramos* de mejores condiciones de vida que nuestros antepasados.¹

En 1900, el promedio de vida en el planeta rondaba los treinta años, una cifra que no es muy distinta de los veintidós años de esperanza de vida que tenía un ciudadano medio en la Roma imperial. En 2000, el promedio de esperanza de vida ha alcanzado los sesenta y siete años, lo que supone unos años adicionales de buena salud, más que de padecimientos.

Los precios de los alimentos han descendido notablemente en la última mitad del siglo xx; en 2000, los consumidores podían proveerse de alimentos a un tercio de lo que costaba en 1957 (Fig. 13.1). Esto se debe, principalmente, a las mejoras en el rendimiento de las cosechas, los métodos de riego, los fertilizantes y los pesticidas, así como al incremento de la capacidad de gestión de los agricultores, y ello sin tener en